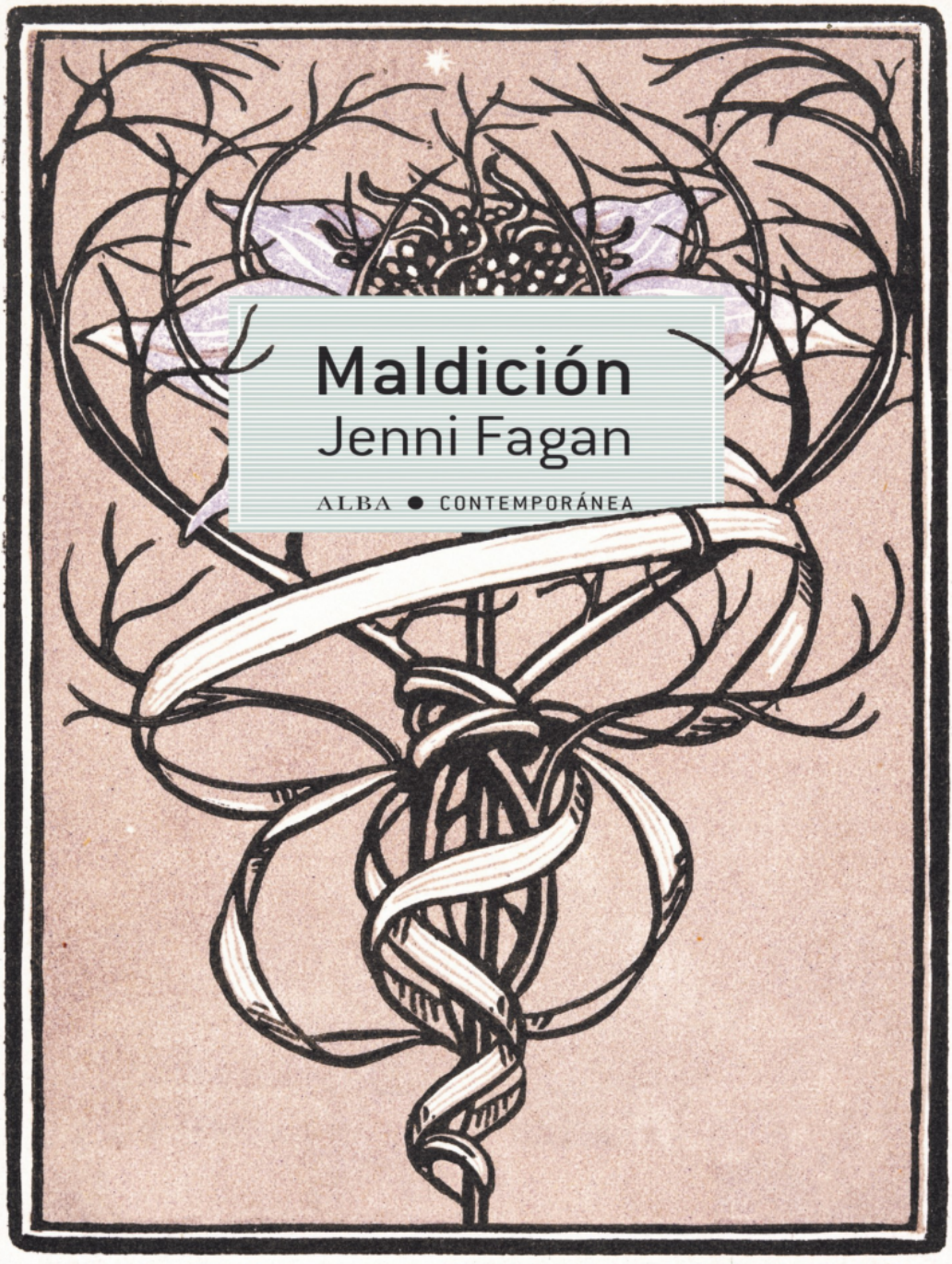
Maldición
Jenni Fagan
ALBA • CONTEMPORÁNEA

Jenni Fagan

Maldición

Traducción
Jesús Cuéllar

ALBA

Para Geillis Duncan

1
Iris

Medianoche.
Invitación abierta (mediante sesión de espiritismo):
1 de agosto de 2021, a la celda situada en High Street,
4 de diciembre de 1591.
Elementos: nada + aire

Estaba en la nada. Parecía que en la perpetuidad era incorpórea e informe, hasta que comenzaron a aparecer cosas. Una hilera de farolas de aceite. Una calle adoquinada en cuesta. La luna como una fina sonrisa. ¡Árboles de ciudad combando las ramas, allá a lo lejos! ¡Vientos desenfrenados! Altas casas de vecinos bordeando la vía que conduce a Castlehill.

Por la mañana aquí morirá una bruja.

Desciendo el equivalente a tres pisos por debajo de la ciudad de Edimburgo hasta llegar a un corredor abovedado de techo bajo. Un carcelero está acurrucado en un rincón. Escudriña en la penumbra. Para llegar a ti necesito que se vaya. Me fundo con su oreja: susurro.

–Vuélvete a la nada, vamos, te pesa mucho el cuerpo, ¿verdad?

–¿Quién anda ahí?

No sé cómo he aprendido a hacer esto, pero lo hago. Siempre lo he hecho. Suavemente ayudo a su conciencia a separarse de su cuerpo.

–Es solo un sueño...

Se lo digo al oído, en voz queda, una y otra vez, hasta que se le cierran los ojos y cabecea. Para hacer algo como esto tienes que aprender a no dejar que quienes

te rodean te roben la energía. Fue un aprendizaje doloroso. De niña iba regalando luz como si no valiera nada. Quienes no la tenían se atiborraban de toda esa buena energía como si yo fuera una fuente inagotable. La luz inmaculada atrae la oscuridad más cerrada. De noche, gigantescas polillas fúnebres vienen a buscarla. De todo el mundo. Agotarán cualquier manantial hasta convertirlo en una cáscara vacía. Esto me costará caro. Así son las cosas.

Con manos temblorosas que parecen carecer por completo de consistencia, le quito las botas al carcelero, me dan arcadas. (¿Acaso puede vomitar quien habita un espíritu? Sí, sí, sí, con un hedor como este sí puede.) Tiene las uñas de los pies como cuernos, gruesas, con hongos. Arrojo sus botas a un pozo diminuto. Si se despierta no llegará con rapidez a ningún sitio. Debes prepararte, Geillis Duncan. Por la mañana te ejecutarán.

¡Enciende una cerilla!

Casi no tenemos tiempo.

Tengo que apresurarme.

2
Iris

12.37 a. m.
Continuación de la invitación abierta (mediante viaje astral):
1 de agosto de 2021, a la celda situada en High Street,
4 de diciembre de 1591.
Elementos: nada + aire

Tu celda está varios pisos por debajo de la ciudad. Muy por debajo de los paseos, las tabernas o las casas; por debajo de las camas, las cocinas, los abrazos, la esperanza, la iglesia, la oración, la libertad, la carcajada o el aire; por debajo de los postigos echados, de los perros dormidos delante del hogar. Está tan por debajo que bien podría ser que las estaciones no existieran. Aquí solo hay una clase de tiempo: un frío helador y envuelto en tinieblas. El aire está estancado. Tengo que esperar un minuto. Estar segura de que el carcelero no se despierta. Lo que me faltaba es que se lanzara sobre ti. Estás aquí abajo, en algún lugar, Geillis Duncan. Y yo estoy dispuesta a llegar hasta donde haga falta para que no te enfrentes sola a esta última noche de tu vida. Por ti lancé una llamada al éter.

Hasta ahora, yo nunca había servido directamente de canal, me daba demasiado miedo.

Llevo toda la vida viajando por el tiempo.

He convocado a los espíritus, les he servido de trasmisor, les he permitido arrastrarme fuera de mi cuerpo y arrojarme a suelos o techos durante toda la noche. He visto a uno medio desnudo, recién salido del baño, con un enorme cuchillo en la mano. Antes de saber pronunciar palabras o sonreír ya los había

escuchado o albergado. Sin embargo, por ti me he lanzado a la nada. Estaba esperando. Sin saber qué consecuencias tendrá esto para mi salud o mi vida. ¿Conseguiré regresar? Nos separan quinientos años, Geillis Duncan: en realidad, no es más que un saltito.

Una conversación entre dos brujas de dos épocas distintas.

Estoy nerviosa.

Te echo en falta.

No me preguntes por qué me siento así porque no lo sé.

Hay quien podría pensar que no es posible echar en falta hasta tal punto a alguien a quien todavía no conoces, o un hogar que nunca has tenido, pero a mí me pasa. Me ha pasado toda la vida. Echo en falta a gente que no conozco. Lloro su pérdida. Todavía más que la de aquellos a los que, uno a uno, me han ido arrebatando.

El verdugo llegará al amanecer.

Me estiro para agarrar las llaves del carcelero.

Les ha puesto un candado y están colgadas de una argolla de metal clavada en lo alto de la pared. Con las brujas no hay que correr riesgos. ¡Ojalá hubiera corrido alguno! El verdugo podría haber encontrado la puerta de tu celda entreabierta. El polvo revoloteando en una tenue esquirla de luz. En el suelo, una única pluma. Sus botas habrían girado en el suelo. Habrían retumbado de nuevo por el corredor. Hasta llegar afuera, a High Street, donde la gente ya estaría caminando con sus rostros matutinos bien frotados, limpios y listos, para ver morir a Geillis Duncan.

–¡Se echó a volar!

–¿Qué?

–La prisionera, la bruja, ¡se ha ido!

–¿Adónde?

–El diablo, o un pariente, se la llevó. El último carcelero no da crédito a lo que ha pasado, ¡está completamente anonadado!

–Imbécil...

Me encantaría escuchar ese clamor. ¿Quién se iba a atrever a impedir una buena ejecución? A todas las mujeres que conozco les gustaría. ¡A cualquiera de nosotras! Todas y cada una de nosotras vendríamos encantadas. El asesinato de Geillis Duncan se llevará a cabo para el Estado y el rey, y para el alguacil que la acusó; es para los temerosos de Dios, para la gente corriente a la que le gusta asistir a una buena ejecución. Para quienes necesitan odiar. Alzarse gracias al odio. Si no te cuelgan por la mañana, Geillis, ¿cuánta gente regresaría a casa sintiéndose engañada? ¿Decepcionada por no verte morir delante de ellos? Quieren poder decir que estuvieron presentes en la muerte de Geillis Duncan. Darse pisto con esa historia durante años. ¡Asistimos a la ejecución de una bruja! Tomo el último

y serpenteante corredorcillo: tienes que estar por aquí. Tu asesinato es un mensaje para las masas. Los enemigos del rey Jacobo se estremecerán. ¿Y su mujer? Ana: catorce años y casada con un hombre al que le gustan los hombres y al que le aterra que lo sorprendan *in fraganti.* Más de trescientos sastres confeccionaron el vestido de novia de Ana. Todo es un espectáculo. Las bodas, los nacimientos, las ejecuciones. Los seres humanos están sedientos de sangre. ¡Vamos a ver cómo muere en la horca una muchacha! ¡El rey muestra todo su poder! ¿Quién se iba a oponer a un hombre que se está llevando por delante al propio diablo? El rey Jacobo no empezó esta caza de brujas, pero desde luego será él quien le ponga fin. ¿Cómo se enfrenta al diablo?

¡Esa sí que es una buena pregunta!

Pues persiguiendo a quinceañeras.

¿No es lo que hace todo el mundo?

Perseguimos al diablo persiguiendo a quienes tienen útero: ¡tienen debilidad por el maligno!

¡Las viudas!

¿Acaso ha heredado?

¿Una mujer?

¿Y está sola?

¿Es alta?

¿Es fea?

¿Tiene algún tic?

¿Es demasiado lista?

¿Sostuvo la mirada a un hombre?

¿Ha curado a un cerdo?

¿Dio a luz a un hijo que murió?

¿Habló con... tosquedad?

¡No!

Eso no lo tolerarían.

La voz de una mujer es una maldición. Tiene que aprender a ensalzar siempre a los hombres. Si no lo hace es una amenaza. Una zorra demoníaca, una bruja, así lo dicen todos y también la ley. Así lo dicen el rey y sus guardias. Así lo dicen los pinchadores de brujas[1] y sus sádicos amigos. Así lo dicen los maridos, los que odian, las esposas, las hijas, los temerosos de Dios: los demonios siempre intentan matar a toda esa gente, por eso lo saben bien. Así lo dice el verdugo que duerme con la Biblia en la mano.

¡Ahí está tu celda, Geillis Duncan! Por fin. Ha costado mucho llegar hasta aquí, pero no debo llorar. Alzo los brazos al cielo. Cae una nube de polvo: por fin me he convertido en una forma ligeramente más sólida. Tu celda es diminuta y oscura. En realidad no eres más que una niña.

–¿Quién anda ahí?

–¿Me puedes ver, Geillis?

–Chis. Si ese te oye, seré yo la que pague el pato. No te veo bien, apenas hay luz. ¿Qué eres? ¿Un demonio?

–Me llamo Iris.

–¿Estás loca, Iris? ¿Es que no sabes lo que te harán si te descubren aquí? ¿Cómo has entrado?

–He viajado a través del tiempo.

–Mentira.

–Es cierto, lo hice para llegar a ti.

–¿Por qué?

–Para que no estés sola precisamente esta noche.

Te acercas solo un poco, con menos miedo que hace un minuto.

–¿Tenemos algún parentesco?

–No.

Casi al nivel de los barrotes me miras directamente.

–¿Estás segura?

En la esquina unas ratas escarban.

Me sostienes la mirada.

Giras la cabeza, pero tus ojos me miran: tu nariz, tu frente y tu mejilla se perfilan bajo la luz de la luna; pareces la cara plateada de una moneda de diez peniques.

–No, me parece que eso no es posible, Geillis. Es decir, no había pensado...

–¿En qué?

–No.

–Ya entiendo. ¿Y cómo piensas regresar, Iris surgida de la nada?

–No lo sé.

Sonríes, es solo una sonrisita. Tienes un hoyuelo en la mejilla, un suave vello en la sien; tu piel se ve tan fina que parece increíble que contenga tu sangre, tus huesos, tus órganos, tu corazón y tu alma.

–¿Estás pensando en mis entrañas, mi querida y extraña visita?

–No.

–Mentira.

–¡Ya te digo!

–Sabes que en cualquier momento mis tripas pueden derramarse por el suelo, a tus pies. ¡Pisarás mi sangre pastosa, mi corazón seguirá latiendo cerca del hígado y los riñones, y los ojos girarán en un charco carmesí, sin dejar de mirarte, igual que mi boca, abierta en una carcajada!

–Geillis...

–¿Qué? ¿Creías que te lo iba a poner fácil? Dime cómo es el carcelero de esta

noche. Tengo que saber si es el que visita mi celda antes del amanecer. No creo que pueda soportar verlo de nuevo, aunque sea por última vez.

Aprietas bien el puño.

La mandíbula rígida como si fuera de mármol.

Los ojos cubiertos por la oscuridad y te llenas de un miedo tan absoluto que apesta a peras podridas.

–El carcelero no volverá a levantarse esta noche, te lo prometo.

–¿Me has hecho ese favor?

–Lo he intentado, Geillis. ¿Te acuerdas de lo que dijiste de un pariente? Pues fui yo... yo fui la que te llamé, pero ¿tú...?

–No lo sé, Iris. Puede ser...

Nuestros pensamientos avanzan como la maquinaria de un reloj.

–El verdugo llegará temprano.

–Ya lo sé.

Abres las manos como si fueran un devocionario. Tobillos finísimos. La falda arremangada y sucia. La pierna derecha sobresale por debajo formando un ángulo como si te la hubieran roto y después no se hubiera enderezado. Eres un saco de huesos. ¡La palidez misma! Una muchacha lunar. Ojos oscuros que quizá en su día fueran de otro color, pero les arrebataron el pigmento y tú ya no estás... aquí.

3
Iris

1.29 a. m.
Sesión de espiritismo (una última cena):
1 de agosto de 2021-4 de diciembre de 1591,
celda en High Street.
Elementos: nada + aire

El éter es un afluente que cruza el universo, y podemos recorrerlo en cualquier dirección: las almas humanas no tienen demasiada vida corporal. Somos más magia que carne. Los átomos me unen a ti, Geillis Duncan. ¡La sangre también! En el suelo, delante de la puerta de tu celda, está la marca de unas rodillas. Siento tu respiración en la piel. Te daría toda mi luz. Tú y yo surgimos de la nada. Incorpóreas. Algunas todavía lo recordamos, algunas (como nosotras dos) nunca lo olvidan.

–Te arrebataron el brillo, Geillis.

–Lo extirparon.

–Para quienes saben hacerlo, no es difícil separar el alma del cuerpo y dejar solo una cáscara vacía.

–Sí, es cierto. Iris, ¿sabes qué me resulta insoportable?

–Me lo imagino.

–Que esta celda apeste a cubos oxidados y corroídos por el orín.

–Piensa en un sitio mejor.

Te apoyas en los barrotes y me miras.

–La casa de mi abuela olía a lavanda. Por las tardes, la luz del sol entraba por

la ventana de la cocina y se posaba en su butaca, y de niña yo me dormía allí, enroscada como un gato al calor.

Tiendo una mano para que te llegue el calor que yo pueda tener.

Más difícil será lo que viene a continuación.

Hay una soga enrollada.

Está cerca del catre del verdugo. A la espera de morder la suave y pálida carne de tu cuello. El verdugo está dormido en una taberna. Se levantará muy temprano, desayunará. Te miro, Geillis, con un rastro de risas aún en la mirada mientras me inspeccionas, puños diminutos, brazos magullados, las rodillas blancas y cubiertas de arañazos, el pelo lacio y apelmazado, el corazón latiendo frenético, como el de un pájaro.

–Iris, ¿puedes impedir esto?

–No.

–Entonces, ¿qué puedes hacer?

Estás enfadada, y con razón; las dos acusamos el implacable camino hacia la mañana.

–Toma esta manta y échatela sobre los hombros. Hazlo por mí.

–¿Cómo estás haciendo esto, Iris?

–Eso no importa. Geillis, entra en calor, te lo ruego, tienes que entrar en calor...

–¿Por última vez, quieres decir?

–Sí. Por última vez; hoy no deberías pasar frío.

Te echas la manta por encima y te hundes en ella. No pude encontrar otra más suave, es de un intenso color mostaza y de pura lana.

–Tienes que hacerme un último favor, Geillis: coloca esta cesta delante de ti. Eso es. Puede que esto tarde un minutito, ten paciencia y no te preocupes... No es un truco, tampoco un encantamiento. Yo no tengo nada que ver con ningún tipo de diablo. Ni tú tampoco, preciosa mía; ni ahora, ni nunca; no tenemos por qué tragarnos los miedos de los hombres, aunque nos maten por ellos.

–Me caes bien, Iris.

–Gracias, tú a mí también, Geillis.

Cierra los ojos.

Piensa en una flamante cubertería hasta que aparezca: un tenedor de plata, bien afilado, un cuchillo con mango de hueso.

–¿Qué estás haciendo?

Tienes los ojos bien abiertos y llenos de lágrimas.

¡Concéntrate!

–Chis, chis, Geillis.

Un cuenco se llena de un espeso guiso de carne, igual que el que te preparaba tu abuela.

–¡Iris!

Aplaudes.

Que no se te olvide echar una pizca de sal marina, un toque de pimienta, una gruesa rebanada de pan con mantequilla, queso (tres tipos de cheddar), todo en cuencos bonitos. El espíritu tiene la sensación de que se quedará atrapado en esta celda durante toda la eternidad. Para combatir el miedo hay que tratarlo como se trataría a una reina.

–Tengo sed, Iris...

Una pequeña botella de licor.

–¿Pudin?

–Sí.

Un gran cuenco de barro lleno de crema de ruibarbo caliente, enormes raciones de espesa nata. Y en un saliente de piedra del muro de la celda coloca dos velas, largas, para que duren toda la noche.

–¿Todo esto es de verdad?

–Inténtalo...

La cuchara hace su ruido metálico, a continuación te tomas tu tiempo para paladear la calidez del guiso. Después de esto, poco importa que duerma durante un año, es lo mínimo que puedo hacer. Tus manos revolotean encima de esta mesa improvisada.

Sí, hay un arma.

–No deberíamos mirar eso; es... ¿es la conciencia, Iris?

Eso mismo, y tiene cierta luminiscencia. Destella como si fuera fosforescente. Te dejo comer tranquila. Cierro los ojos. Para este acto tan íntimo –alimentarte, levantar la mano, comer lentamente de manera que tu estómago pueda aceptar más– no necesitas público. Quisiera peinarte y lavarte la cara suavemente con agua jabonosa. Quisiera limpiarte y arreglarte la ropa, prepararte una cama bien calentita. Quisiera matar a todos tus enemigos y después acunarte como si fueras una niña. Quisiera cantarte nanas durante toda la noche. La comida y el cuenco desaparecen.

Tus mejillas tienen un color sonrosado que antes no tenían.

–¿Quieres que te cuente cuentos, Geillis?

–¿No es esa la única manera de pasar una noche como esta?

–¡Ojalá pudiera abrir la puerta de esta celda! Te agarraría de la mano, caminaría de puntillas por el corredor junto a ti y después saldríamos al patio. Correríamos en silencio por Edimburgo –por las callejuelas, como cuando era niña– y (por una noche) la luna estaría de guardia por nosotras. Encontraríamos a alguien en una taberna o en el muelle que te pudiera llevar lejos, muy lejos de aquí, donde el rey y sus hombres nunca te encontraran, para que pudieras empezar de nuevo.

–Es demasiado tarde para eso, Iris.

Susurras con voz tan queda que parece que las palabras las ha pronunciado el propio aire. El aire le habla a la nada. La nada se vuelve voz. Miro de soslayo hacia atrás. Observo cómo sube y baja el pecho del carcelero. Podría morirse, pero mejor que no sea hoy, o si no te lo harían pasar todavía peor por la mañana.

4
Geillis Duncan

3 a. m.
La argumentación (una aparición puede ser real):
1 de agosto de 2021-4 de diciembre de 1591, celda en High Street.
Elementos: nada + aire

Me paseo lentamente de un lado a otro, inspeccionando a mi hermosa aparición. Describo la misma ruta que he seguido una y otra vez en esta celda, como si fueran los arenosos senderos cercanos a la playa de North Berwick, con matas de hierba descolorida, margaritas y olor a mar. A todas horas he tratado de trasladarme allí mientras daba largos paseos en una oscura y húmeda celda de piedra. El polvo me pica en el interior de la garganta. Siempre se me mete por la nariz. Tengo sucio el cuero cabelludo, la piel. Desde una esquina a otra hago el recorrido más largo. De ese modo, nada puede esconderse. Si alguien entra, lo hace por la puerta de la celda. Lo veo venir. Es importante que nadie te sorprenda por detrás. Sin embargo, esta... amable Iris, de aspecto cansado. No sé lo que es. No sé cómo ha llegado hasta aquí. Aunque se me ocurren algunas ideas. Quizá fuera yo misma. Yo la traje aquí. Me froto las manos para darme calor. Están agrietadas y secas, y la piel está enrojecida y cuarteada. Sin prestar atención al dolor de pies continúo caminando. Tendría que hacerle más preguntas, para estar más segura.

–¿Eres un demonio?

–Eso depende, Geillis.

–¿De qué?

–¡De a quién se lo preguntes!

Nos reímos hasta que una lúgubre desconfianza cae sobre mí como una sombra que cruzara la luna. Ya no soy la que era. Esos hombres hicieron lo que hicieron. Aún llevo su presencia en la piel. Me han traído una gélida oscuridad. Que ahora forma parte de mí. Me arrebataron el calor. No me pudieron cargar con más pesar. Mintieron para que me dejaran morir aquí y ellos no tuvieran que volver a verme la cara.

–¿Te ha enviado el diablo para engañarme, Iris?

–¡No! De niña mi abuela me dijo que tú y yo estábamos emparentadas, aunque no fue gracias a un matrimonio, eso sí lo sé.

–Explícate.

–Nosotras no somos de las que se casan, Geillis.

–Eso es sensato.

–Necesario.

–Entonces, ¿cómo supiste de mi existencia?

–En los libros hablan de ti.

–¿Ah sí?

–¿Me estás sonriendo, Geillis Duncan? ¿En tu... último día de vida?

–Solo durante un momento...

Como tontas, esbozamos una sonrisa.

–¿Qué hacéis las mujeres de dentro de cientos de años, Iris del éter?

–Miramos recelosas hacia atrás con demasiada frecuencia.

–Claro.

Te ríes irónicamente.

–A veces intentamos parecer más grandes de lo que somos. En otras ocasiones tenemos que ser más pequeñas. Hacemos otras cosas. Intentamos derribar gobiernos. Creamos grandes obras de arte. Cuidamos a los demás. Trabajamos sin que nadie se dé cuenta, a veces durante toda la vida. Unimos fuerzas. Bebemos demasiado o nada de nada. Superamos límites sin dejar de parecer corrientes. Ofrecemos belleza, paciencia y saber científico, también nuestro talento y nuestro corazón, y lo que en su día tuvo de firme nuestro cuerpo: le otorgamos nuestra vida a este mundo, casi siempre sin ser vistas.

Asientes como un sabio prudente. La sanadora que llevas dentro me está tomando la medida. Ahora nuestros rostros casi se tocan. Incluso en la penumbra puedo atisbar levemente unas pecas. Te imagino joven y fuerte, a todo correr por una playa, riéndote como yo me reía.

–Continúa, Iris.

–Cuando cae la oscuridad, salir para nosotras es un riesgo. Con frecuencia, de noche vamos por en medio de la calle.

–Igual que nosotras.

–Sabemos que puede parecer que cualquier calle, callejón o avenida tiene salida, aunque en realidad no la tenga.

–Claro.

–Si el Estado quisiera ver menos mujeres muertas, se preocuparía más de nuestros asesinos.

–¿No se preocupa?

–Depende.

–¿De qué?

–De cuánto dinero tenga tu familia o del color de tu piel; el número de asesinatos a los que no se presta atención es incalculable. Puede depender del día que sea, de si hay otra gran noticia o de si el suceso carece de pormenores escabrosos para que la gente lea con el café de la mañana; entonces es probable que, a pesar de todo, no se publique.

–¿Es algo que ordena el rey?

–Supongo que en algunos sitios sí. Pero ahora sobre todo se trata de hombres que simplemente hacen lo que creen que tienen derecho a hacer; parece que la muerte de ciertas mujeres es, cómo te diría, algo previsible. En barrios muy pobres o en zonas de prostitución es como si, para algunos, esos asesinatos de mujeres fueran incluso aceptables, y desde luego se cuestionan mucho menos que otros. Hay gente que va a la caza de mujeres o niñas que a nadie le importan.

–¿Por qué?

–Porque muchos de esos crímenes no tendrán trascendencia alguna, no habrá justicia para las familias de las víctimas.

–En torno a mi cama había un grupo de hombres, Iris.

–Ya lo sé.

–David Seaton les hizo rasurarme de la cabeza a los pies, no pudieron dejarme más calva.

–Es espantoso.

–Me rodearon la cabeza con una soga y la apretaron y apretaron para aplastarme el cráneo.

–Los odio.

–Sentía cómo se me aplastaban los huesos. Los oídos me sangraban. Me tenían con las piernas abiertas. Metiéndome cosas. Metálicas, palos, maderas, un atizador de chimenea... hasta que sangré y me quedé en carne viva. Me dieron la vuelta, Iris... Todo en mi interior quemaba, ardía, como si ya estuviera en el infierno y quienes me rodeaban fueran demonios, ¡y es precisamente por sus pecados por lo que voy a morir!

–Tienes razón.

–En cierto momento llegaron a ser diez. ¡Todos adultos! Maridos, comerciantes; algunos eran amigos desde niños. El mundo se volvía cada vez más

negro. Utilizaban sales para que recobrara el conocimiento. Sacaron los aplastapulgares. Me atornillaron tanto la punta de los dedos que me saltaron todas las uñas. Rogué. Grité. ¿Por qué lo hacían, Iris? En ese momento ya no eran humanos. Por lo menos, no tenían nada que yo pudiera reconocer como humano. Eran peor que animales, peor que diablos, enloquecidos, estaban tan entregados a la labor que creía que me matarían allí mismo, y recé para que llegara esa liberación. Solo me mantenían viva para encontrar todavía más formas de hacerme daño.

–Bebe un poco de agua, Geillis, respira.

–¡Yo gritaba! Durante todo ese tiempo la gente no dejaba de pasar junto a la casa de David Seaton. Nadie llamó a la puerta para ayudarme. Rogué, supliqué, dije que haría o diría cualquier cosa, lo que fuera, pero les gustaba lo que hacían, demasiado les gustaba, así que siguieron a lo suyo.

–Espero que todos tengan una muerte espantosa.

–Yo también.

–Seaton quería acusar a cualquiera, como fuera, torturarlo hasta que acusara a Euphame de ejercer de bruja para él, para así intentar quedarse con su dinero, y allí estaba yo a sus pies barriendo la chimenea.

–¿Qué razón utilizó para acusarte?

–Yo ayudaba en partos de mujeres, ayudaba a las terneras, sabía qué hierbas elegir para curar un dolor de cabeza y tenía la terrible necesidad de salir de noche a ver las estrellas.

–¿Sabes una cosa, Geillis? Me gusta imaginar qué ocurriría si las mujeres de hoy en día salieran a manifestarse por las de entonces. Y si... las mujeres de entonces se manifestaran con las de hoy...

–Yo lo haría, Iris, todas lo haríamos.

–¿Lo haríais?

–Sí, todas las brujas de ese mundo lejano del que tú procedes y también las de ahora, todas juntas se manifestarían.

–Dicen que las brujas no existen, pero se dice sin tener en cuenta la alquimia o el instinto. Nosotras sacamos vida de nuestro cuerpo, de donde antes no había nada. Absolutamente nada: de la ausencia nace la vida. ¡Qué cosas!

–Iris, tú debes de pensar que yo también soy un sueño.

–No, Geillis, a mí me pareces tan real como todo lo demás. Ojalá hubiera un infierno especial para quienes te pusieron aquí. La cuestión es que los hombres no saben por qué están aquí. Nadie lo sabe. La verdad es que no. Las historias increíbles solo sirven para levantar iglesias. No para crear la realidad.

–¿Tú crees?

–Los hombres quieren saber cómo se quedaron atrapados en la tierra. ¿Verdad? Es un problema. ¿Qué ve cada uno de ellos cuando mira a su alrededor

para solucionarlo? Ve a una mujer. Todos y cada uno de ellos ven exactamente lo mismo. ¡En esta tierra no hay un solo hombre que haya llegado aquí sin que una mujer se haya abierto de piernas! Somos portales. Los seres humanos salen de nuestro cuerpo a un mundo carente de explicación. Algunos hombres albergan un gran resentimiento por esa razón. En su corazón anida el odio. Nos temen por haberlos sacado de la nada para traerlos aquí. Quieren matarnos porque su vida emana de nuestro cuerpo. ¿Qué alquimia es esa? ¿Qué poder es ese? Dentro de nuestra carne creamos carne. Mientras leemos libros, trabajamos, peleamos o nos sentamos en el autobús, formamos aurículas, sangre, pulmones, piernas, uñas, cabello, ojos, orejas. No siempre funciona. Lo intentamos de nuevo, o no. Sufrimos dolores. Sufrimos pérdidas. Servimos café a un cliente cuando estamos nerviosas, doloridas y con los pies destrozados, pero seguimos mostrando una sonrisa, y en ese mismo momento, en nuestro interior, sin que se vea, se produce ese primer estiramiento, ese primer bostezo en el líquido amniótico. En algún momento nos persignamos y encomendamos a cada ser un alma. ¿Y dicen que la magia no existe? ¡Anda ya! Entonces, ¿cómo se explica la existencia? ¿Con diablos y dioses? No me obligues a escupir en todos los libros de texto.

–¿Iris?

–¿Qué?

–Me gustaría poder decir que no tengo ni idea de sobre qué me hablas, pero sí lo sé. También sé cómo suenan la herejía y la blasfemia, y si escucharan lo que ha salido de tu boca te colgarían antes que a mí.

–Es cierto.

–Ahora guarda silencio, mi pequeña y extraña pariente. Tengo que dormir.

Me arrebujo en la esquina de la celda con la cabeza sobre un brazo. Se me adormecerá, pero así habrá algo de calor entre mi cuerpo y la piedra. Me recojo las faldas por debajo. Iris empuja la manta hacia mí y la cojo; me había olvidado de que aún estaba ahí. Cuando comienzo a perder la conciencia, bajo la atenta mirada de Iris, pienso en Ana, la niña reina. Tanto alboroto por una chiquilla a la que se casa con un rey: parece que ningún esfuerzo es suficiente para traer sus cosas y su influencia. Ana duerme en las mejores sábanas de palacio mientras que yo estoy aquí, aguardando los pasos del verdugo.

5
Iris

3.44 a. m.
Declaración (como testigo):
1 de agosto de 2021-4 de diciembre de 1591,
celda en High Street.
Elementos: nada + aire

Hemos jugado al tres en raya en el suelo polvoriento. Tú has dibujado la horca del verdugo. Yo la he borrado con las manos. Tú has hecho un dibujo de la playa de North Berwick, el lugar que, según me has dicho, más añoras, aparte de la cocina de tu abuela. Las dos hemos dibujado calderos haciéndose a la mar desde una bahía. ¡Cientos de calderos! Luego nos hemos reído. Ojalá hubiera algo así para que todas las brujas pudieran echarse a la mar. ¡Todas las mujeres! Todas las niñas, todos los niños y también los hombres buenos: quizá pudiera haber grandes perolos para los mayores. Me muero de sed. Parece que estoy hecha de polvo. Quizá sea así. Esta sed no se aplacará hasta que yo recobre alguna otra forma. Por ahí fuera existe otra época, pero a cada instante que pasa es menos probable que yo regrese a ella.

–¿Es cierto que a los pinchadores de brujas les pagan por horas?

–Sí, Iris. Pero Seaton no iba a devolver así su deuda. Yo no conocía a Euphame. Estaba casada con el hermano de la esposa de Seaton. Me obligó a acusarla porque quería que su propia esposa tratara de hacerse con el dinero que habían heredado su hermano y Euphame. Por mi culpa una mujer inocente ardió en la hoguera.

Te cuesta tragar, contienes las lágrimas.

–Ahora dicen que David Seaton va por la ciudad pavoneándose como si hubiera derrotado al mismo diablo. Desde entonces no ha pagado ni un trago: el rey le dio oro y de todo. Seaton me condujo ante el rey con los dedos destrozados por el aplastapulgares, me obligaron a tocar el birimbao ante él, como decían que lo había tocado para el diablo.

–Eres la primera persona de la que se tiene constancia que tocara el birimbao.

–¿Ah sí?

–Sí.

Durante un instante pareces feliz y los contornos y la oscuridad se aclaran, y antes de todo eso entreveo tu rostro. No tienes por qué saberlo, porque pronto morirás, pero sin que yo te lo diga eres consciente de que en mi cuarto también han entrado hombres. Yo también era una niña. Decimos muchacha. Decimos mujer. Decimos cosas. Afirmaban que tú podías traer vientos al mar del Norte. ¡Por supuesto que podías! Ese viento frío te había besado la frente mucho antes de que se rumoreara que el diablo lo hacía. He estado en la costa de North Berwick. ¡Cientos de años después que tú! Diría tu nombre. Alzaría los brazos. Provocaría gustosamente una tormenta. Con olas negras que se precipitarían contra las rocas. ¡Qué sensación de euforia tan absoluta! Si el éter me permite volver, algún día nadaré en esas olas y te imaginaré, Geillis Duncan. Saltando sobre cada una de ellas y riéndote; una muchacha a la que solo mirarán quienes lo hagan con amor.

–No dejaban de decir que nos habíamos lanzado todas a la bahía en calderos.

–¿Decían que erais cientos?

–Sí. Dijeron que habíamos provocado una tormenta para impedir que el rey y su prometida llegaran a tierra. Decían que estábamos allí conspirando contra ellos con el diablo. Al final mentí. Les dije que había estado en un barco, no un caldero, llamado La Gracia de Dios, con el diablo, en un aquelarre. Dije que bebimos vino. ¡Que durante días cantamos y bailamos mientras navegábamos por el fiordo de Forth! Sí que había habido una tormenta, ¿sabes? Había un buque que traía regalos para el rey y su nueva reina. Zarpó de Burntisland y cuarenta personas se ahogaron antes de llegar a Leith. Después, cuando el rey intentó que Ana llegara allí, hubo otra tormenta. Agnes Sampson dijo que habíamos intentado «estancar a la reina» para que no llegara sana y salva ante su esposo en Escocia.

–¿Estancar a la reina?

–Sí, impedir que llegara.

–Decían que Agnes sabía lo que el rey y la reina habían dicho en la intimidad durante su luna de miel, ¿no es cierto?

–Sí, Iris, esa era la prueba que el rey necesitaba. Así que tenía que matarnos.

–¿Y entonces Agnes se quedó embarazada?

–Así es, esa criatura nació para impedir que un rey matara a una bruja.

–¡Vaya forma de llegar al mundo!

–¿Qué te parece?

–Pero eso no impidió que después la mataran.

–No, para nada.

–Y el rey dijo que todos vosotros estabais provocando tormentas, ¿tú, Euphame, Barbara, Agnes, John?

–Sí, que navegábamos en calderos por toda la bahía provocando tormentas para impedir que su esposa llegara, y tratando de matar al propio rey.

–¡Como si en Escocia el mar del Norte no produjera nunca tormentas espantosas!

Echas la cabeza hacia atrás y te ríes a carcajadas. Yo miro de soslayo al carcelero. Parece que no se ha movido.

–En eso tienes razón, Iris, no lo mencioné en el juicio. Habría sido descarado, ¿verdad? ¡Fue el mal tiempo, su señoría! ¡Así es la puta Escocia! No me maten por eso. También dijeron que fui a la iglesia de North Berwick la víspera del Día de Todos los Santos y que encabecé una procesión tocando melodías con mi birimbao. Pero yo solo admití haber utilizado la magia en una ocasión. Por mucho que me torturaron. Dije que lancé un maleficio en el sombrero de un terrateniente. Pensé que si confesaba algo pequeño quizá dejaran de hacerme daño. También estaba lo de los gatos. Decían que los lanzábamos al mar en Leith, que los embrujábamos... Decían que sobre todo así era como provocábamos las tormentas, no solo con los calderos. Y también habían estado diciendo que Euphame MacCalzean llevaba años lanzando maleficios: decían que había matado a su marido por medios mágicos, y que eso es alta traición, castigada con la muerte en la hoguera; después dijeron que también se había librado de su sobrino pequeño, que era muy chico. Además, estaba su relación con el *earl* de Bothwell, al que todo el mundo conocía, y Bothwell odia a muerte al rey.

–Es horrible, pero todo encaja.

–En cierto modo, sí. El rey Jacobo también tiene miedo, porque a su madre le cortaron la cabeza, durante su infancia no dejaron de atentar contra él y se acostaba con cualquier muchacho antes que con una mujer, pero si dijera esto ante la soga del verdugo, ¿quién me iba a escuchar? Tienen mi testimonio. ¡Ya no puedo retirarlo!

–Sí, sí que puedes.

–Eso no impedirá que me maten, Iris.

–No, pero, en cualquier caso, puedes decirlo si quieres. Tienes derecho a decir la verdad, ¿qué más te pueden quitar ya?

–No se me había ocurrido.

¡Qué vuelco al corazón!

Extiendes la mano para tocar la mía, ligeramente.

–Al final habría dicho cualquier cosa que ellos quisieran, Iris. Les dije que Napier y MacCalzean eran brujas, y de las demás dije que juntas habíamos estado con el diablo y con otros hombres y mujeres a la vez. Seaton insistía en eso, era la historia que quería que yo les repitiera una y otra vez a él, a su asqueroso hijo y a sus amigos, también al marido de una vecina. En ese cuarto había diez hombres, pero decían que eran cinco. Cuando llegó la parte más desagradable, dos tuvieron que marcharse. Los oí vomitar en el patio trasero por lo que los demás me estaban haciendo.

Tu rostro está justo delante del mío, pero después... desaparece.

Es como si tuviera los ojos cerrados.

Flotamos.

A nuestro alrededor están el espacio y la oscuridad; incorpóreas, durante un rato volveremos a vagar.

Al empeñarnos tanto en estar juntas solo conseguimos que este débil vínculo se difumine aún más. En las sesiones de espiritismo hay que conducirse con mucha delicadeza.

6
Iris

4 a. m.
Ahora la conozco mejor (a mi amiga):
1 de agosto de 2021-4 de diciembre de 1591, celda en High Street.
Elementos: nada + aire

Aquí fuera estamos a salvo. No pueden alcanzarnos. En medio de los elementos podemos luchar como no es posible en nuestra forma material. Tenemos que volar. Abandonar esta espiral mortal tanto como podamos. Nos hace demasiado mal. ¡Qué cosas dicen! Nuestro poder debe rendir pleitesía a un hombre, aunque sea el diablo, ¿verdad? Debemos doblegar cualquier talento innato que tengamos y rendirnos ante los pies de un ángel varón (caído y maligno), nuestro único deseo ha de ser cumplir sus designios, besar su culo rancio. Es (especialmente) importante que nuestra lengua no sea nuestra.

Para maldecir.

Para utilizar palabras.

Para dejarlas colgadas del aire...

¿Quién iba a escuchar lo que diga la lengua de alguien que le ha besado el culo al diablo?

¿Cómo pueden las mujeres decir la verdad cuando fuimos nosotras las que acabamos con el Jardín del Edén, y ese engaño y esa maldad nos hacen débiles?

Está... clarísimo.

Que sobre la mujer no caiga más que vergüenza. ¡Que no pueda decir nada que se considere cierto! Hay que arrebatarle lo único que posee: su voz, su cabeza.

Arrebatádselo. Hay que pulverizarlo hasta que sea algo pestilente. Disponerlo en una raya, como si fuera polvo, y aspirarlo. ¡Vaya forma de colocarse! Hay que absorber a la mujer. Destruir lo que te trajo aquí. El poder no es algo que a las mujeres se les permita fácilmente o con frecuencia poseer, ni desde luego aprender a ejercerlo.

¡Hay que impedirlo por ley!

Así lo dice la Iglesia.

La educación no enseña lo que habría que enseñar.

Las niñas aprenden a brillar en secreto.

Aprendemos que hay muchas razones para no atraer las miradas de los hombres, y que, si lo hacemos, puede que no ganemos nada. Lo primero es agachar la cabeza. No debemos levantar la vista, es algo con lo que nos han venido machacando durante siglos. No debemos permitir que una mirada parezca demasiado directa. No seas conflictiva. Compórtate... para que no te maten. Aunque eso no siempre funciona. Ten cuidado con las motivaciones de los hombres. ¡Encorva los hombros! Para una chica es una gran desgracia ser alta. Mirar tan fácilmente a los ojos de cualquiera. O algo peor: mirarlos por encima del hombro. ¡Encórvate! Quítate los tacones. Ese clic, clic, clic, clic es como una señal en morse para los violadores. Anuncia que sus sentencias serán leves o inexistentes. Si ella no hubiera llevado tacones de aguja. Si no hubiera atravesado el parque. Si no hubiera salido de noche. Si esas espabiladas e inteligentes hermanas hubieran comprendido que los agentes de policía después se harían selfis junto a sus cadáveres. Que los periódicos lo incluirían todo en su cobertura de la noticia. Como si cualquier ser humano fuera una noticia. Y no alguien que lo es todo para otro ser humano. La razón de que se levante, trabaje, luche y ame. Casi nada se dijo de los policías que lo hicieron: ¿por qué? En ese caso fue porque las mujeres eran de tez morena. ¿Qué vas a decir? ¿A dónde quieres llegar? Esos agentes tienen familia. ¿Cuál es el mensaje que se envía a todos los hombres que quieren asesinar? Elegid bien vuestros cadáveres. Quizá solo te caiga un pequeño rapapolvo o una broma en público a costa de la muerta. ¿Dime tú cuál es el mensaje que reciben los hombres, las mujeres, los muchachos y las chicas? ¿Cuál es? Acláramelo. Dicen que tú misma atrajiste el temporal, Geillis Duncan. Por supuesto que sí. En la tierra no hay tormenta que no proceda de una mujer, ¡es lo que ocurre cuando te cortan el alma! Qué agradecida estoy a todos los hombres y mujeres que me dijeron que no bajara la cabeza ante nadie.

Que mi voz era mía y de nadie más.

Estoy aquí gracias a ellos.

Siento frescura a mi alrededor y ahora me entristece dejar la nada.

–¿Sigues ahí, Geillis?

–Sigo teniendo sueños febriles, Iris.

Sacudes la cabeza, con la lengua seca te recorres los labios cortados. Estás tan encorvada como una pequeña gárgola de carita amargada.

–¿Qué has visto?

–Vi la cara de Agnes Sampson, y decía que todo era culpa mía.

–¡La culpa tiene forma de rata!

–Me comerán.

–Yo las ahuyentaré.

–No pierdas de vista al carcelero, Iris. Me da miedo que vuelva a entrar una última vez.

–Si lo hace, lo mato.

–¿Cómo?

–Le cantaré algo. Tengo la voz de una sirena, pero no es de las que sirven para lanzar miles de buques, sino de las que los hunden.

–Entonces, ¿fuiste tú la que provocaste esa tormenta, Iris?

–Sí, podría ser.

–Qué graciosa eres.

–¿Sabes qué es lo que en realidad produce tormentas, Geillis?

–¿El qué?

–Una tormenta surge en el mismo momento en que una niña comprende que nunca será libre.

–Claro.

–Cuando muere la esperanza, aparece el granizo.

–Las abuelas y las brujas que nos precedieron son las que envían los relámpagos. ¿No te parece, Iris?

–Así es, envían ventiscas para que sepamos que siguen ahí al lado. Una tormenta de arena discurre por el desierto. Derrama diablos. ¡Torbellinos! Nubes grises de tormenta retumban sobre cientos de kilómetros de llanuras impasibles: instintivamente, todos los animales, las aves y los insectos se retiran. Una negra nube de tormenta cae sobre un lago, desde un bote un hombre la mira, o un tornado arroja su primera espiral de aire, como una destructiva rosa gris dispuesta a aniquilar todo a su paso. En la tierra no hay tormenta que no proceda de una mujer. La tierra, los cielos, las estrellas, las galaxias, la luz y la oscuridad misma son todas nuestra madre. Es ella la que nos alumbró.

Las niñas aprenden a ocultarse, y los niños también. Ellos también.

–¿Iris?

–¿Sí?

–Estoy helada.

–Mete la cabeza por dentro del vestido, Geillis; mira, así, tira del cuello hasta cubrirte la cabeza y respira dentro para que el calor de tu aliento no se pierda. Te ayudará a mantener el calor.

–¿Cómo sabes eso?

–Lo hacía cuando no tenía hogar.

–Estoy mareada, Iris.

–Es el miedo.

–Me van a colgar.

–Ya lo sé.

–¡No puedo respirar!

–¡Sí que puedes! Geillis, lo que tienes es pánico. Escucha, céntrate en mi voz. Te voy a contar historias y tú solo tienes que dejarte llevar: para visitar otros lugares no necesitas una escoba, las que son como nosotras nunca la han necesitado. La que nace bruja no precisa varita mágica, ni pentagrama, ni hierbas, ni escoba; esos son utensilios para quienes gustan de la ceremonia, o para quienes carecen de imaginación para utilizar la magia sin ellos. Tú y yo no necesitamos artilugios para volar.

–¿Iris?

–¿Sí?

–¿Puedes cogerme de la mano?

Y así, sin más preámbulos, del aire surgimos las dos como algo sólido.

Tú extiendes la mano, con la palma hacia arriba. La mía es más grande y está más caliente: toda la fuerza que tengo la empujo hacia ti.

–Solo veo tu contorno. ¿Cómo eres, Iris?

–Soy lo que normalmente llaman gorda, Geillis; en realidad, es el tamaño normal de las mujeres de ahora. Los pechos me cuelgan demasiado, tengo vello en el estómago y, cuando me río, la parte superior del ojo derecho se vence ligeramente. Como una manta que se ha quedado arrugada sobre la cama, pues así. Por debajo hay un ojo gris con un toque naranja en torno al iris: todas las mujeres de nuestra familia tienen nombre de flor.[2] Eso es lo único que conservamos, el nombre; nunca hemos logrado echar raíces en ningún sitio.

–¿Cómo puede ser que no tengas un hogar en el que hacerte mayor?

–Lo perdí.

–¿Por qué?

–Me lo quitó un hombre.

–¿Y tu madre?

–Ya no está.

–¿También te la quitó un hombre?

–Sí.

–¿Cómo es que sabes tantas cosas, Iris?

–Me enseñaron mujeres espabiladas.

–¿Cómo te enseñaron?

–Escribían historias que no debían escribir, las publicaban otras que

infringieron normas para publicarlas, cantaban canciones que no debían cantar, sacaban tiempo a hurtadillas para pintar cosas que iban dejando un rastro de migas de pan para que las que íbamos tras ellas pudiéramos seguirlas por el bosque e intentar llegar al otro lado; actuaban en películas, en la calle, en bares, o yo simplemente escuchaba mientras limpiaba váteres junto a ellas, o me sentaba junto a una desconocida con la que pegaba la hebra: esas son las mujeres que me enseñaron.

–¿Tienes cicatrices, Iris?

–Sí.

–¿De qué?

–Algunas me las hice yo misma. En los muslos, las muñecas, la frente, el cráneo, los huesos; hace décadas que me duelen. Las peores las llevo dentro de la cabeza, de donde me arrebataron lo único que debería poseer... Por eso estoy intentando...

–¿Regresar?

–Sí.

–Se te metieron dentro del cerebro y te sacaron... ¿de ti misma?

–¡Me extirparon!

Por primera vez siento cómo tu mano se aferra a la mía, durante un segundo me impide respirar y, al margen de qué otras cosas saque de esto, estoy sumamente agradecida de que me hayas dirigido la palabra, Geillis.

–¿A ti también te pasaron cosas?

–Sí, desde que era niña, un montón de veces.

–Lo siento, Iris.

–No lo sientas, Geillis Duncan, no me compadezcas. No estamos aquí para hablar de mí, ¡yo lancé una llamada al éter para encontrarte!

–¿Estás segura de eso, Iris?

Te ríes y entonces no pareces una muchacha: pareces más bien una mujer. En estas últimas horas te has vuelto más fuerte y empiezo a comprender que soy más débil que tú.

–¿Qué quieres decir?

–¿Crees que solo soy yo, Geillis Duncan, a punto de ser colgada en la horca ante desconocidos para su propio divertimento y la satisfacción del rey, la que en pocas horas se encontrará con el creador y abandonará este plano terrenal, a la que hay que salvar?

–Sí.

–No, a mí no se me puede salvar, Iris del éter: estamos aquí por ti.

–¿Para qué?

–Para ayudarte a regresar.

–¿Y si no quiero?

–¿Qué vas a hacer, entonces?

Relajamos las manos y nos soltamos. Ahora hace un frío helador. No sé cómo encender un fuego en el éter. Pero lo puedo intentar.

–¿Me harías un favor, Iris?

–Claro.

–Al mediodía del cuatro de diciembre de cada año, ¿vendrás a Castlehill a traerme una rosa? ¿La dejarás en el suelo y dirás: Esta rosa es para Geillis Duncan, que me agarró la mano, me hizo sonreír, se fue de este mundo mucho antes que yo y fue mi amiga hace mucho, mucho tiempo?

–Así lo haré.

–Una rosa: ¿gris como el susurro de un tornado?

–¿Cuál si no?

Por encima, en High Street. Cómo se disponen los adoquines como si fueran las calaveras de recién nacidos. Recorren todo el trecho que va desde el castillo al palacio. Casi dos kilómetros en ordenadas filas. Me sobresalto cuando el carcelero se levanta en el corredor por detrás de mí. Le oímos despotricar. Se acerca a la puerta, después al pozo, y ve sus botas. Las levanta con estrépito. Oímos sus pesados pies calzados. Me quedo paralizada. Geillis no. El hombre camina trabajosamente hacia afuera. Estará meando en el patio. En pocas horas los pescadores zarparán hacia la bahía de Newhaven; hoy como entonces. Las gaviotas graznarán y las focas se zambullirán –crías gordas con preciosos ojos negros– en el mar del Norte.

–¿Qué necesitas, Geillis, mientras el carcelero está fuera?

–Me basta con que me sigas contando historias.

–Érase una vez un mundo, que giraba colgado de un universo carente de explicación. Era totalmente asombroso. El espacio exterior lo envolvía como un rizo negro para que brillara más. Las estrellas se desplazaban para quedarse mirándolo desde diferentes partes de la galaxia. Muchas de ellas habían muerto cientos de miles de años antes. La luz viaja en el tiempo. Todo es posible. Un día, muchos años después de que los dinosaurios hubieran desaparecido y de que los fuegos apagados se convirtieran en piedra, y de que el hielo horadara valles y se disolviera hasta crear lagos enormes, hubo una primera niña que nació de la nada: una perla en el mar, átomos, partículas.

–¿Una primera niña?

–Sí, y nació con un secreto.

–¿Cuál?

–Que era fruto de la magia más pura.

–Estoy segura de que ella también era así, Iris.

–La primera niña nació sabiendo que la marea solo sube para poder volver a bajar, y que el tiempo no es más que lo que recorremos. Sabía que su cuerpo no

era más que una morada temporal, e imperfecta, para su efímera alma.

Escuchamos el traqueteo del carcelero por la penumbra del corredor; de un bandazo se detiene ante la puerta de la celda, rebusca las llaves.

Contengo el aliento: estoy entre él y tú.

–¿Quieres saber una cosa, Iris?

–¿El qué?

–Te están saliendo plumas en los hombros.

–¡No!

–Que sí: las sentí cuando estábamos ahí fuera flotando en la nada.

–¿Plumas de ángel?

–¡No! No eres un ángel, Iris, eres un cuervo.

–¡No lo soy!

–Sí que lo eres, pariente mía. Sabía que vendrías a ayudarme. Siente cómo te penetran en la piel las barbas que hay al final de las plumas, son como anzuelos, siéntelas...

Entonces siento cómo horadan la piel, estallando en forma de diminutas marcas rojas y elevadas en torno al brote de cada pluma, pequeñas en el cuello, más grandes en los hombros, en las mejillas: hermosas plumas negras comienzan a brillar en la penumbra, y tú me miras, Geillis Duncan, como si supieras que esto iba a ocurrir, pero yo no lo sabía, y tengo miedo, y la nada ahora me parece lejana, y tú te vuelves para extender las manos sobre la luz pálida, sin querer ver el miedo que hay en mis ojos al girarme. Te sientas lentamente y te estiras las faldas. Yo despliego las alas, que rozan la piel del carcelero y le producen un escalofrío. Todo el brazo se le pone de carne de gallina, se estira para agarrar una botella y lanzar un pegajoso escupitajo.

–¿Con quién hablas, bruja? Contéstame, Geillis Duncan.

–No hablo con nadie.

–¿Estaban los otros carceleros aquí hurgando en mis botas?

–Sí.

–Te quedan una pocas horas, gatita. Por suerte para ti, no sé cuándo van a volver, si no entraría ahí para apañarte una última vez.

Se encoge de hombros como si no sintiera mis plumas por toda la cara. Como si el corazón no le latiera violentamente. Como si no se alejara con temblor de piernas. Las plumas se me clavan en los muslos; tengo los tobillos negros y satinados, y plumas que no dejan de agitarse; los dedos de los pies ahora son largas, larguísimas garras: soy un cuervo, con envergadura suficiente para dar grandes zancadas por este pequeño corredor mirando a Geillis, que se apoya contra la pared y se vuelve hacia mí con una sonrisa.

7
Geillis Duncan

5 a. m.
Recuerdos (eso dicen):
1 de agosto de 2021-4 de diciembre de 1591, celda en High Street.
Elementos: agua + luna

Si una mujer embarazada mira a la luna llena, su criatura se volverá loca. Eso dicen. Mi abuela me lo dijo a mí. A ella se lo había dicho la suya. Antes de saber cómo limpiar la rejilla de la chimenea ya había aprendido a persignarme cuando llevaban a enterrar a los muertos. Aprendí a bajar la cabeza ante cualquiera que me diera trabajo, también ante las mujeres ricas; siempre me asustaban con su rostro delgado y su forma de mirarme. La agachaba mucho para que no pensaran que yo tenía vista de lince. En todo lo que hacía daba a entender que sabía que yo era aún más inferior que el más subalterno de los demás. En todo momento, ante cualquiera, hablaba sin alzar la voz. A las mujeres de lengua afilada las matan. Eso es lo que me habían dicho. Ahí arriba, fuera de esta celda, sigue habiendo luna llena. Iris lo comprobó antes de marcharse a deambular por ahí fuera con sus plumas y sus pequeños tobillos de reptil. Me alegro de que me lo dijera. A la luna no van a llevársela. El sol no tardará en salir. Habrá un cielo blanco con un sol blanco que, en lugar de calor, proyectará un fresco fulgor. Eso lo sé sin siquiera salir ahí fuera. Echaré de menos mi trabajo. ¿No es absurdo? Me gustaba ocuparme de las labores para el señor Seaton. Era un buen trabajo. Aunque no puedo pensar en él sin que la bilis me queme la garganta. ¿Cómo es posible que con todo el mundo pareciera tan simpático y que a mí me odiara tanto? En pocas

horas mi voz ya no existirá, ni mi cabello arrastrado por la brisa, ni mi cojera al dirigirme a la iglesia. No volveré a ver ni a mi familia ni a mis amigos, tampoco la luz del sol prendiendo los campos de East Lothian. Ya no desplumaré ni asaré ningún pollo. No sacaré las tripas a ningún pescado ni pelaré patatas. La preocupación no me despertará pronto, antes de comenzar el día. De un soplo borré los dibujos que habíamos hecho en el suelo polvoriento para que el carcelero no los viera. Después de todo lo que han hecho, ya quiero morirme. No se puede superar lo que esos hombres me arrebataron. Ni ahora ni nunca, y mi familia solo estará tranquila si yo desaparezco. Antes de reunirme con Dios tengo que compartir algunos recuerdos, para que tú puedas quedártelos, Iris del éter. ¿Me escuchas? Nadie más dejará constancia de ellos. Eres tú quien ha venido a escucharme. En el corredor tres pisadas tridáctilas se marcan en el polvo. Volverás. Eso espero. Tengo los huesos como astillas. Me duele respirar. Los pulmones están llenos de agua y de polvo. Las costillas tienen el color morado de lo magullado. ¡Y las puntas de los dedos! Puede que fuera esté nevando. Algo en lo que pensar, ¿verdad?, en las últimas horas de vida. Leves, diminutos copos de nieve suavísima. ¿Qué ha dicho Iris? ¿Que no necesito ni escobas ni ramitas para salir volando de esta celda? Todo es mucho más fácil cuando tengo su voz para serenarme. Se le da bien soñar en voz alta para que yo pueda ver el sueño: yo no pienso como ella. Saldré fuera para morirme. Eso es lo que ocurrirá. Hace una eternidad que no tengo libertad para caminar por ahí fuera, y ojalá pudiera plantar a los carceleros, a los hombres del rey y al verdugo, e irme sin más a la panadería a comprarme una barra caliente y llevársela a mi hermana, y comer y abrazar a su criatura gordita, tomar té y escucharla hablar de naderías. El crío ya no me reconocería. Aquí no permiten que me visite ningún familiar. ¿Vendrán a verlo? Espero que no. Qué frío hace aquí. El aliento forma una neblina. Se despliega en el aire. Desde él zarpan doscientas brujas, montadas en cedazos, en calderos, en barquitos de papel, en cubos, en soperas, están ahí fuera, ¡qué impresión da verlas! Reman por la bahía de North Berwick. Podrían ser cedazos o podrían ser calderos. Mira: ¡el diablo espera! Quiere que le besen el culo. Eso dicen. Para hacerlo, todas las brujas deben andar a cuatro patas o caminar hacia atrás. Lo llaman *osculum infame:* el beso de la vergüenza. Brujas por toda la bahía. Eso dicen. Preparando una tormenta descomunal para que el rey y la reina ni siquiera pudieran acercarse, pero las brujas que yo tengo en la cabeza solo se han lanzado al mar por pura diversión, sin molestar a nadie; se limitan a dar brincos por el aire, tan felices como marsopas que en su migración vuelven a casa. Creo que Iris me ha enseñado a soñar.

En cualquier caso, hoy moriré.

Así es.

Moriré.

Hoy moriré, eso dicen.

El doctor John Fian, Agnes Sampson, Barbara Napier, Euphame MacCalzean, ellos fueron los primeros a los que delaté, después ellos delataron a otros y ahora somos cientos, después seremos miles y algún día millones. Es una plaga. Una plaga mental. ¿Cuántos habitantes de este mundo serán víctimas de plagas mentales? Esas infecciones se expanden. No crean más que miedo y muerte. Se llevan a la tumba a gente corriente antes de tiempo o se limitan a atemorizarla el resto de su vida. ¡Sí! El dedo de un pinchador de brujas puede apuntar a cualquiera de nosotras. Me eligió a mí. La soga del verdugo existe. Y las celdas y las puertas con candado. Todas lo sabemos. Pertenecen a quienes son dueños de todas nosotras. Es cierto que el pinchador de brujas nos fue eligiendo una a una, pero sin apuntar con el dedo. Lo hizo con un hueso de pollo (bien limpio) que le asoma bajo las mangas.

Fíjate bien.

¡Y lo verás!

En los ojos se le ve un reflejo. Todo un muestrario de instrumentos de tortura. Tiene la expresión vidriosa de un hombre al que se paga con oro para que actúe en nombre de un rey que dice que representa directamente a Dios. Hay buenas y malas mujeres. Eso dicen todos los cuervos.

¿Dónde está... Iris? ¿Está ahí fuera sacándole los ojos al carcelero?

Sé que ahora lo haría por mí.

Iris no sabe lo que realmente quiero de ella antes de que todo esto acabe...

Pienso en lo que me dice, que a todos los hombres les enseñan que son la representación más fiel de Dios en la tierra. Todos saben que cuanto más poder tengan, más cerca estarán de Dios, de quien creó el universo, así que actúan con la fe de quien piensa que el creador le cubre las espaldas, o eso dicen. ¿Quién va a discutir con un hombre que cuenta con el respaldo de un ser que creó el cosmos? Según Iris, yo puedo decir lo que quiera cuando me conduzcan por las calles de Edimburgo. ¿Y cómo lo hago? ¿Espero a estar delante de la multitud? ¿Le cuento todo a las autoridades? ¿Se lo voy soltando a cualquiera que me escuche hasta que de una patada me quiten el taburete de debajo de los pies?

Hoy me siento extraña.

Como si hubiera llegado a la plenitud.

Al final, quizá todos nos marchemos con esa sensación.

No voy a rogar ni a suplicar, no habrá ninguna muestra de histeria, no entregaré mi cuerpo.

Todo eso ya lo he hecho.

Uno de los hombres me preguntó si yo le daría los... ojos.

Olía a alcohol y me preguntó si me arrancaría los ojos para entregárselos y quedarme ciega para siempre, y, para mi vergüenza, porque el dolor era espantoso

y ellos no cejaban, yo le dije que sí. El hombre se rió. No paraba de reírse. Si el diablo existiera, yo me habría casado con él para que matara a todos los que me hicieron daño. ¿Es que no lo han pensado nunca?

Como regalo de boda habría pedido fuego y azufre.

Los hombres quieren matar, así es, y en esta ocasión me eligieron a mí.

Por esta señal que tengo aquí en la piel.

Eso dicen. Porque salí de casa de noche. Dicen que mi señor tenía deudas. Que le pagaban por horas para torturarme. Era algún tipo de servicio piadoso para proteger a un rey y su esposa, y a toda la humanidad, de mí.

Eso dicen.

Es un rey piadoso, y no se cansa de decirlo.

Yo tuve que tocar el birimbao para él, con los dedos retorcidos y rotos.

Quería ver cómo lo tocaba yo para el diablo... No le parecía nada irónico que yo tocara para él después de todo lo que había ordenado que me hicieran.

¿Quién es el diablo?

¿Dónde está en realidad?

¡En la boca y los puños de los hombres que mienten como maridos, padres y propietarios de esta vida!

Tengo recuerdos de los que quiero librarme, ¡tengo recuerdos para dar y tomar!

Tienes que apartarlos de mí, Iris...

Esa mañana el cielo estaba azul.

Primero llegaron caminando las mujeres por High Street.

Erguidas y bíblicas, así es como les gusta verse.

Juro que hasta las venas tienen torcidas.

Esas mujeres estaban seguras de su capacidad para detectar señales.

Solo querían ver una y decírselo al hombre piadoso más cercano apretando sus labios finos. Ya ven, basta con mirar para encontrar la prueba. ¡Miré! ¡La vi! ¡Torturad a la bruja! ¡Matadla, matadla, matadla!

¿Que han visto qué?

¿Una forma de provocar un disturbio mortal para buscar la aprobación de un hombre piadoso?

Se diría que esa gente piensa que no tiene maldad, pero no se confundan, ¡las cosas que llegan a salir de su boca! La misma con la que cantan himnos todos los domingos en la iglesia. Convierten la piedad en un gesto de la mano, un movimiento de aquiescencia, un susurro, una nota manuscrita: algo bien provechoso para su reputación. Ese día mi señor estaba en la taberna y se peleó con un hombre que tenía un perro que le mordisqueó el talón. Yo había salido a hacer recados. Todos los ojos me miraban. ¡Siempre! Iris dice que es por mi piel suave y mi espalda recta, pero es mucho más que eso, me miran por como brillo.

¡He intentado evitarlo!

A nadie le gustan las cosas brillantes.

Intenté por todos los medios evitar que ocurriera, ¿verdad?, porque saca lo peor de todos ellos. Iris decía que lo más oscuro se ve atraído por lo más luminoso: lo buscan hasta cuando duermen. Al despertarse lo tienen presente mientras se lavan la cara y comienzan el día; su tercer sentido pena por él en la calle, en la iglesia. Siempre andan buscando ese destello de luz pura. La ausencia absoluta de luz necesita su opuesto. Para poder consumirlo.

Esa mañana, temprano, había visto una zorra en el jardín, la misma que tuvo crías en el camposanto de la iglesia el año pasado, así que me alegré. Las mujeres miraban. No me habría puesto a discutir con ninguna de ellas. Estaba de buen humor, pero otros días... ¡quizá! Discutir no es una virtud. La cólera no es una virtud. El orgullo no es una virtud. Alegrarse al ver una zorra con sus crías no es una virtud. Me pregunto cuáles de esas mujeres que hoy se levantan temprano con sus biblias vendrán a ver mi ejecución para poder irse a casa contentas. Esa mañana yo quería irme al mar. Pero tuve que conformarme con levantar la vista para verlo de lejos, y después bajé por un callejón para hacer un recado, y otro más, y contar los fenómenos meteorológicos como hacía cuando todavía podía verlos. Lluvia, llovizna, sol, nieve, trueno, tormenta o ese color gris que yo califico de eterno. ¡Gris eternidad! Este país parece así casi siempre. El país más gris del mundo. Esas mujeres estaban en High Street. Allí plantadas con toda su chillona mojigatería a cuestas. Qué suerte tiene esa de tener trabajo. ¡Mi marido la mira porque ella lo atrae con el pensamiento! No era mi pensamiento lo que los atraía. No era esa parte de mi cuerpo. Tácitamente, se establecieron pequeños pactos. Después comenzaron a difundir rumores. Todos terminaban con: eso dicen, eso dicen. Las mujeres fueron entrando a un salón de té. Se sentaron allí como si el mundo fuera su criada. Pidieron té hirviendo que nunca estaba suficientemente caliente. Se lo sirvieron en tazas sin adornos desde una peligrosa altura. Regresé a casa de Seaton porque era hora de barrer, limpiar, doblar, fregar, trastear, lavar, frotar, cortar, rebanar, hervir, cocer, coser y remendar, y él no le quitaba ojo a mi regordeta juventud, como si fuera grasa de oca para el asado del domingo, listo para servirse en nombre de nuestro Señor.

Hice lo que me correspondía.

Esbocé una sonrisa, muy muy pequeña.

Que no pareciera que había llegado en algún momento a ser feliz.

Bajé la vista.

¡Hice una reverencia!

Llevaba las uñas muy, pero que muy limpias.

Siempre he sido educada.

No soy una estúpida. Sé responder sí cuando me piden que haga algo, solo sí y

gracias, por supuesto, estaría encantada, por favor, permítame. Lo siento. Digo que lo siento. En el corredor me hago a un lado para dejar que pasen e incluso me pego a la pared para que tengan espacio suficiente para montar un puto caballo y digo que lo siento. Es lo que debo decir, así que lo digo. Esas eran las palabras que me correspondían, desde que nací las prendieron en la cuna para que no las olvidara. Desde que las aprendí, no hago más que alternarlas. Pero por dentro no lo hago, ¡ni con Iris! A Seaton le limpiaba la plata. Barría la chimenea. Compraba verduras, eligiendo siempre las mejores. Limpiaba el pescado. Las escamas las tiraba a la basura y las raspas las guardaba para hacer caldo. Los sazonaba generosamente, como a él le gusta. No desperdiciaba nada. Le remendaba la camisa. Le zurcía los calcetines. Le hacía la cama. Con sábanas limpias. Las mantas bien colocadas. Nunca dejé que de mi boca saliera queja alguna. Ni en mi cumpleaños, ni cuando mi abuela murió y no pude estar con ella, a pesar de que no hacía más que preguntar por mí, diciendo mi nombre una y otra vez, como si ya entonces supiera lo que me iba a ocurrir. Yo no decía ni una palabra no permitida, ni preguntaba nunca nada a nadie. Eso no habría estado bien.

Las cosas me llamaban.

La noche, la luna, el mar; todo eso me llamaba, por ese orden.

Me habría conformado con un río.

O con una merienda en una pradera, o incluso en un jardín, simplemente para poder estar fuera un rato.

Las estrellas querían tirarme del pelo, darle solo un tironcito.

La luna quería llevárseme.

El mar me llamaba como me llamaba mi abuela antes de morir.

¡Cómo brillan las estrellas!

Las necesitaba, así que hice solo una cosa. Y en realidad por eso es por lo que me van a matar.

Salí de noche.

Sola.

Pedí a alguien que me llevara (no debería haberlo hecho) y fui a observar un gran peñón blanco que se alza en medio del mar. Los alcatraces se zambullen junto a él día y noche. El peñón Bass se vuelve rosa cuando cae el sol, y es tan hermoso que resulta difícil creer que en realidad es una cárcel. Encontré una concha. Lisa y plateada. Me la llevé a casa y en secreto le sacaba brillo de noche. Utilizaba la parte más tosca de mis faldas para suavizar los resaltes, después la grasa del dedo para sacarle lustre.

Era como llevar encima una luna secreta.

8
Geillis Duncan

5.33 a. m.
Recuerdos (vuelve, Iris / el río fluye):
1 de agosto de 2021-4 de diciembre de 1591,
celda en High Street.
Elementos: agua + luna

Siempre que echaba de menos a mi abuela sacaba esa luna y la miraba. La frotaba cuando me disponía a dormir cada noche. Me convencí de que ese acto, por sí solo, y si lo repetía lo suficiente, me mantendría a salvo. Al siguiente día de mercado esas mujeres recorrían las calles como de costumbre. Puro hueso, venas rojas marcadas, los dientes y las garras dispuestos, abriendo y cerrando sus picos de pájaro y lanzando sus lenguas bífidas. Yo llevaba la concha escondida en el bolsillo de la falda. La tocaba cuando ellas me infundían miedo a que otros me vieran. Mi propia concha lunar me iluminaría cuando temiera mostrar mi propia luz: proyectaría la suya sobre mí. ¡Qué feliz me hacía! Un día decidí bañarme en la tina del señor (como si tuviera derecho) y él me robó la luna. ¡Seaton! Se la llevó. Ese objeto que brillaba. No podía hacer nada. No dije ni una palabra. Me limité a poner más empeño en prepararle el té exactamente como a él le gustaba, limpiaba dos veces la plata, le quitaba las botas cuando entraba por la puerta. Dejaba impoluta la cama con la forma triangular que él insistía en tener y todas sus camisas las planchaba dos veces. Todas mis obligaciones las cumplía mejor que antes. Pero yo le desagradaba todavía más. Murmuraba en otros cuartos donde sabía que yo le oiría, pero no con voz suficientemente alta para que yo

dijera algo: como si yo hubiera tenido valor o estupidez suficiente para hacer tal cosa. La gente venía de visita y él les decía que yo hacía cosas que no hacía. Probaba diferentes historias con gente distinta, para ver cómo iban a reaccionar, qué iban a decir: para comprobar si podía convencerlos. En público no lo decía. No al principio. Contaba esas historias, las iba adornando un poco cada vez, siempre en privado, para ver si tenían el impacto deseado en el oyente. Probó con el carnicero y el panadero, con el vicario y el escribiente. Le fue tan bien que se lo contó al legislador y después, casi a diario, hasta a su gallina roja favorita. Estaba ensayando, pergeñando cuidadosamente el tipo de historia que pudiera conducir a la muerte a una muchacha. Comenzó a decirme que era deshonesta, poco de fiar e indolente. Con el tiempo, me enseñó a no fiarme de lo que yo misma pensaba o decía, ni siquiera de lo que me pedían las tripas. Cuando iba por la calle, la gente comenzó a estirar el espinazo al verme, como si bastara mi cercanía para restarles algún centímetro de estatura.

Geillis Duncan está maldita: puede curar a los enfermos.

Eso dicen.

Lo decían en susurros para que yo no lo oyera, y entonces un viento frío sopló por las callejuelas de North Berwick y recorrió High Street, hasta llegar a los campos, justo hasta la puerta de la casa de mi señor en Tranent.

Despotricando.

Para tirar abajo la puerta.

Toc, toc, toc: ¿podemos ver al alguacil?

Nos han dicho que tiene algo que contarnos.

Esas historias se pagan a precio de oro, ¿verdad?

–Iris, me siento sola, tengo miedo. Vuelve conmigo, por favor.

Pienso en Seaton y me repugna absolutamente que se haya podido desarrollar un ser humano así. Me entran ganas de llorar, pero solo los domingos. A pesar de lo que ha hecho, no le deseo la muerte. No me llevaré el sello de su maldad en el alma. No permitiré que me convierta en lo que es él: esa mala voluntad le pertenece y yo se la devuelvo multiplicada por tres: no me va a agriar como si fuera nata cortada. En mí casi todo es bueno. En la garganta no hay lugar para que su bilis tóxica me vuelva ácidas las tripas y me corroa el cuerpo, el pensamiento y el alma. Soy una sanadora. Nací así. Soy pura. Ya no puedo elegir la vida, pero sí decidir si me voy de este mundo con el odio de los hombres marcado a fuego. En pocas horas saldré a pie de esta celda y me llevaré lo único que la gente como él envidia y trata de destruir, mancillar, apagar o robar. La luz. Mi bondad, mi corazón, mi capacidad para sanar. Eso no me convierte en una bruja. Del mismo modo que la pobreza de ese hombre, sus deudas, su enfermedad y su deseo de destruir todo lo que es bueno no le convierten en un siervo de Dios. Pese a todo, aquí estoy, condenada, y él duerme junto a un orinal

de oro. Se llama David Seaton. Lo digo en mis oraciones, una y otra vez, cuando decido creer: intento rezarle a Dios por mi abuela, una vez a la semana, como sé que ella habría querido que hiciera. Se llama Seaton. Ahora te toca a ti, Señor. Se llama Seaton. Un hombre que se excita con la tortura. Un ladrón de luminosidad como no hay otro. Un cazador de brujas. Un hombre hecho casi por completo de odio. ¿Por qué tuve que trabajar para él? Con todos los hombres a los que hubiera podido servir. Trabajé para uno que caminaba por estas calles como si se hubieran adoquinado para él, sobre todo después de lo que me hizo. Comenzó a contar historias de brujas y antes de llegar a terminarlas ya había atizado un fuego de miedo, que se expandía por los tejados y por debajo de las puertas, ennegrecía las ventanas y dejaba hollín detrás de cada paso que yo daba.

Geillis Duncan es anfibia.

Es un gran sapo gordo. O por lo menos sabe cómo sacar su veneno, porque su padre era un sapo, su madre era medio sapo y su abuela una serpiente. Fue a primera hora de la mañana de un viernes cuando la vi convertirse en cabra. A base de mordiscos destrozó la ropa que los vecinos tenían tendida, después lanzó balidos a los niños que iban a la escuela y embistió al lechero, que derramó la leche de las cántaras que llevaba; después trató de subirse encima de él, así que el hombre no ganó nada ese día. ¡Todos conocemos bien a esa niña llamada Geillis Duncan!

Mi nombre siempre acababa apareciendo en sus cuentos, que no tenían ni pizca de verdad, pero con cuánto regocijo los contaban. ¡Qué emoción al tratar de empequeñecerme, de tacharme de indecente!

Esa no se cansa de andar con hombres, ha estado con todos los maridos.

Todo eso, y los únicos pecados que me llevaba a la cama eran los que me atribuían. En toda mi vida ni un solo hombre me había tocado hasta que vinieron a magullarme la piel y a quebrarme el cuerpo y el alma.

Geillis Duncan navegó hasta Dinamarca en un cedazo.

Geillis Duncan duerme en el tronco de un viejo roble.

Geillis Duncan tiene una escoba.

Geillis Duncan odia a los hombres.

Geillis Duncan es fea.

Geillis Duncan escupió a mi hijo.

Geillis Duncan maldijo el adoquinado y ahora parece que uno camina sobre las olas.

Geillis Duncan es rara.

Geillis Duncan está loca.

Geillis Duncan no para de beber, ya no sabe ni lo que quiere.

Geillis Duncan se encontró con el diablo y le rogó que se acostara con ella.

Decían tantas cosas.

Yo casi quería creerles. Cuando estás tan agotada es más fácil no cuestionar todo lo que te dicen. Tenía miedo por mi familia. Tenía miedo por mis amigos. Tenía miedo por cualquiera que hubiera sido amable conmigo. Tenía miedo por cualquiera que quisiera defenderme. ¿A quién iban a señalar después? Había tanto miedo. Estaba desesperada y quería que retiraran todas sus acusaciones, su maldad, su locura y sus afiladas palabras. Cuando te torturan, llega un momento en el que harías cualquier cosa. Si me hubieran dicho que matara a alguien, lo habría hecho. Si me hubieran dicho que tenía que ir a la iglesia y gritar bien alto que Dios era una pulga asquerosa, habría ido más lejos y se lo habría dicho a la cara, y habría pisado su imagen, la habría hecho añicos, me habría cagado en él y habría maldecido al mundo y a todo el que lo hubiera pisado; lo habría hecho y después habría bailado desnuda para ellos sobre brasas ardientes.

Me torturaron en el cuarto que David Seaton me había pedido que limpiara de forma todavía más exhaustiva aquella misma mañana.

Lo hice sin saber que eran los preparativos de su celebración.

Había arrancado una flor y la había colocado en una botellita verde sobre la chimenea, y cuando me estaban torturando intentaba fijar allí la vista.

Qué divertido es arremeter contra una niña, ¿verdad?

Para ellos era excitante.

Se les ponía dura.

Degradarla hasta el fondo, que se humille, que sangre.

Ya no había ningún freno: era su fiestecita, ¡y cuánto poder tenían! En los ojos. En los dedos. En los pulgares. En las botas. Podían hacer lo que quisieran conmigo.

Y lo hicieron.

–¿Geillis?

–¡Iris!

–Todavía no sé muy bien cómo hablar con este pico.

–Pues tu voz suena reconocible. ¡Me mareo de felicidad al volver a escuchar tu voz!

–¡No hay que hacer ruido!

–¿Por qué, Iris, crees que podrían decir que he estado hablando con un cuervo y acusarme de... brujería?

Las dos miramos hacia el carcelero y no podemos evitar las risotadas, como tañidos de campanas de iglesia la mañana que se bautiza a un niño o cuando una novia rebosante de amor camina por la nave, o cuando se agarra una espada para matar a un cabrón homicida y que la familia de su víctima pueda dormir un poquito mejor.

–¿Adónde habías ido, Iris?

–Me fui a ver al verdugo. Está listo, ya viene de camino. ¿Geillis?

–¿Sí?

–¿De verdad crees que fuiste tú la que me lanzó una llamada al éter?

–Claro, Iris, ¡así fue! Lo siento. ¿No me vas a echar encima al pinchador de brujas, verdad? ¿No estás contra mí como todas esas mujeres?

–Por supuesto que no, cálmate. Te prometo que no, y sí, pensarían que soy tu pariente, todos ellos, y yo misma estoy empezando a pensarlo, fíjate en estas alas extendidas...

–¡Impresionante!

–¿Verdad que sí? Pero en esta ocasión sí que he lanzado una llamada a la nada.

–¿Para qué?

–Ya lo verás.

–Sabes una cosa, Iris, siempre tuve la sensación de que en algún lugar tenía una gran amiga.

–¿De las que se volverían cuervo por ti?

–¡Eso mismo!

–Pues a sus pies, mi señora.

Una preciosa ala de plumas negras se extiende como la capa de un actor.

–Nadie me había hecho tan feliz como tú, Iris.

–No me hagas llorar, Geillis; los cuervos no lloran, todo el mundo lo sabe. ¿Sabías que los cuervos nunca se olvidan de una cara? Te pueden acompañar hasta el otro lado.

–¿Tú puedes?

–Quizá.

–¿Y si de repente recuperas la forma humana, pero dentro de mi celda? ¡Desnuda!

–Más te vale que no: pensarán que has conjurado a otra bruja para que vuelva de entre los muertos. Sabes, antes de llegar aquí, cuando mi cuerpo no era tan leve, tenía la marca de las brujas, grande y roja, en la espalda. Cuando los médicos intentan hacerme un análisis de sangre, nunca consiguen sacármela de las venas, y mi pulso es tan débil que con frecuencia ni lo detectan. Pero no, ¡no estoy muerta! ¡No me mires así! Por lo menos yo no creo que lo esté, en absoluto. ¡Calla! ¿Oyes esos pasos? Es el carcelero que va a hablar con el verdugo. El sol no quiere salir y ver esto: en esta madrugada, todavía se ve ahí arriba una minúscula y brillante luna, Geillis, y por el éter corre la voz de que me has hecho de arcilla. ¿Es así? ¿Ha sido mi vida un sueño? Quizá lo hicieras. Quizá la tierra nos hiciera a todos de arcilla. Esa sí que es una gran bruja, ¡la mayor, la peor y la mejor de todas! ¿Y qué más dicen? Cuando una bruja toca un cadáver puede sangrar. Todas estas cosas las escribió Jacobo VI en su libro *Demonología,* la biblia del pinchador de brujas; está justo tomando notas en tu misma época, Geillis, pero lo publicará pronto. Son locuras que escribió el rey. Una bruja confesará que ha entregado su

alma al diablo. Si un ser humano muere sin razón la culpa será de una bruja. Cuando hay una fuerza sobrenatural es que hay una bruja. Si ven una aparición (no hay que hacer ni un ruido, Geillis, voy a susurrar) es que ven una bruja –y eso me incomodaría si yo no fuera más que la constatación de que se puede viajar en el tiempo–, no un familiar o un fantasma; por lo menos yo no pensaba que fuera tal cosa, pero ahora que soy un cuervo me has hecho dudar.

Giro la cabeza y mis ojos cansados le lanzan un destello.

–¿Te gusta, Iris?

–Claro.

–Ya me imaginaba.

–¿Oyes los pasos?

–Sí. Continúa, Iris, cuéntame cosas: que el tiempo pase más despacio, que esa gente no se acerque.

–La diferencia entre los magos y las brujas es que los primeros consiguen que el diablo tiemble de miedo y haga lo que a ellos se les antoje, mientras que las brujas son más a la pata la llana, no pasa nada, vamos a tomarnos una tacita de té, nos sentamos un rato, todo es civilizado. Satán, ¿te gusta el té Earl Grey? ¿Una rajita de limón? ¿Miel? ¿Una lasca de almendra? ¿No? Vamos, hombre, ¡ponte una lasquita! Un mago puede obligar al diablo a hacer cosas, pero una bruja tiene que ofrecer su sangre o su alma (¿por qué siempre nos toca un papel menor?). El mago actúa por curiosidad, pero parece que el comportamiento de la brigada de la escoba solo nace de la mala fe. ¡MALA FE! Los encantadores no son del montón. En cuanto a los adivinos o los brujos, bueno, vuelan un poquito ¡y presumen de poder cantar! Sí que cantan, son unos Sinatras innatos esos encantadores, pero normalitos, raperos de lo oculto soltando rimas a troche y moche. También proyectan imágenes sobre espejos y cosas así. Los nigromantes resucitan a los muertos para que revelen secretos sobre acontecimientos futuros. ¿Quizá tú seas de esos, Geillis? ¿Estoy yo muerta? La verdad es que no creo que quieras saber mucho más que esto. Ya están en camino, ¿los oyes?

–¡No dejes de hablar, Iris!

–Las pitonisas se especializan en encantamientos artificiales. Los envenenadores utilizan pócimas mortíferas. Todo gira en torno a la luna. La luna siempre está presente. Las brujas tiran de ella hacia abajo. Es un problema. Podría ocurrir en cualquier momento. Todo el universo bascularía y entonces tendríamos que caminar de lado. A veces una bruja se pone de manifiesto al odiar a alguien a quien antes proclamaba su amor. ¿No es eso una prueba, Dios mío, no es una prueba? No se necesita ninguna más. Su fe no es inquebrantable. ¡Tiene debilidad por el diablo! ¿Cuestiona al hombre en algún aspecto? ¡Bruja! La conciencia es un río. Todos flotamos en él.

–Y luego dicen que no hay magia en el mundo...

–Eso dicen, Geillis.

–Tú eres un río.

–¡Soy un cuervo!

–Antes fuiste un río.

–Sí, ya lo estás entendiendo, mi querida amiga Geillis. No los escuches hablar. No tardarán en llegar a esta celda. Tú eres un río. Yo también. Tu conciencia fluye hacia mí. La mía hacia ti. El éter es un afluente. Por el que podemos viajar. Ir y venir. Desde donde yo estoy ahora hasta ti, hasta donde estás tú, pero también más allá; puedes tomar todos los afluentes que te conformaron y volver siguiendo sus cauces. ¿No sientes la arena bajo tus pies desnudos de niña? Te bañabas en pozas y encerrabas peces diminutos en tu puño frío. Tallaste nubes blancas como el hielo con deditos regordetes mucho antes de tocar un birimbao. ¿Te acuerdas de cuando tu abuela te necesitaba... cómo sabías que tenías que ir corriendo a casa, abrir su puerta y levantarla del vestíbulo donde se había caído? ¿Lo hacías, verdad? No tenías ni siete años. Aún no te habían embotado la agudeza. Mientras observabas cómo las mujeres que te rodeaban (en peligro, cazadas, colgadas, apaleadas) iban decidiendo atenuar su luz y su ingenio, para no resultar ofensivas a los hombres, tu luz y tu ingenio estuvieron en buena forma hasta que, de niña, intentaron adiestrarte y privarte de ellos. Pese a todo, podías mirar a un bebé y que lo supiera todo sobre tu alma. Se reía, gorjeaba y daba pataditas con los pies desnudos porque le bastaba verte para detectar tu buen corazón y tu inteligencia, y cuando veía tu luz no sentía ni miedo ni envidia, ¡solo un gozo puro y absoluto!

Geillis, ellos todavía se imaginan que el poder innato de nuestra naturaleza solo le puede servir a él. ¡A él! Un himno. ¡Amén! Utilizaron una palabra para calificar lo que te habían hecho. Tortura. Siete letras. Es una palabra demasiado insignificante. Yo nunca había lanzado otra llamada directa a través del éter, o quizá me llamaras tú, o quizá nos llamáramos mutuamente, pero hay muchos mares, guerras, décadas, invenciones, leyes y muertes entre nosotras. Cuántas muertes se han producido en el espacio que hay entre tu lugar en la celda y el rincón donde estoy acurrucada para que no me vea el carcelero. Yo te seguiré en tu último viaje hasta la horca.

–¿Iris?

–¿Qué?

–Gracias.

–No las merece. Era yo quien te necesitaba. Aunque sí sé algunas cosas. Sé lo que es estar encerrada. Sé lo que es que traigan a un grupo para que vea cómo te violan. Entonces tenía doce años. No soy una turista, Geillis. No estoy de visita en una vida real ajena. No he venido aquí a ver los crímenes que se han cometido contra ti y sentirme mejor en mi propia cama. No he venido aquí a entretenerme. No voy a verter tu sangre para exonerarme yo. Esa violación no fue en absoluto la

última. En realidad, esa palabra ni siquiera existía, ¿verdad?, para definir lo que te ocurrió a ti. Mis violadores fueron idolatrados como héroes en sus comunidades, en tanto que tus victimarios los envió un rey y los idolatraron comunidades enteras, viendo en ellos a hombres de Dios. Tus torturadores no solo estaban protegidos por la ley, no solo estaban refrendados por la ley, ¡sino que la ley los incitó a actuar al servicio del creador de todas las cosas! Como si perseguir a una mujer como tú fuera algo en lo que Dios insistiera. ¿Qué clase de dios quiere algo así? Me gustaría asegurarte que quinientos años después de esta época la fina línea de la misoginia ya no pasa de lo incómodo a lo letal, pero no puedo. ¿Es como un lavado de cerebro, verdad? Cuando te atreviste a mirar a los hombres que te rodeaban, ¿qué viste? Todos pensaban que estaban obrando correctamente.

–En todos los sentidos.

–En todo momento.

–¡Qué mujer podía poner eso en cuestión! ¡Pues una mujer muerta!

–No, Geillis, ni siquiera a las muertas se les permite tener razón: ni en esta vida ni en la siguiente. Tú tenías tanto derecho como tu hermano a tener una opinión. Desde niña te criaron para ocultar lo que te dolía y que no ofendiera a los niños o a los hombres adultos. Hicieran lo que hicieran para otorgarte esa carga, nunca se equivocaban. Incluso si cuestionas a tu hermano, que dice que te quiere y respeta, ¿cuánto le ofenderá que pienses que tienes derecho a hacer tal cosa? ¿Cuántas veces unos chicos (hasta los más agradables) se te han quedado mirando con la absoluta convicción de que ellos hacen bien y tú no? Porque desde que Adán observó a Lilith abandonar el Edén todas las piedras que se han colocado han tenido el propósito de que él no volviera a ser humillado por una mujer. Desde los días primigenios, a la mujer se le dijo que solo estaba aquí para servir y obedecer, para inclinarse y retorcerse, para ocultar la afilada punta de su lengua. Que Dios la ayude si es un espejo. Si refleja, aun sin intentarlo, lo que ellos son. Es el resplandor, Geillis. Tú sigues resplandeciendo, niña, mujer valiente, heroína que ahora me enseña a tener un pico, espesas plumas y garras. ¡Así es! Dicen que las brujas no existen y que posar la mano en el cuerpo de otra mujer y girar a su hijo para sacarlo verdaderamente de entre los muertos y darle la vida no es algo que aprendiéramos de aquellas que nos precedieron, algo que a algunas se nos da mucho mejor y que sabemos hacer.

–Aprendimos a contar nuestras historias solo cuando los hombres no estaban.

–Mi querida, dulce, inteligente y graciosa Geillis Duncan, parece que siempre nos estarán persiguiendo. Esta misma semana he visto cómo a un hombre que asesinó a una mujer solo le caían cinco años. A otro, que arrojó lejía en la boca de otra y la golpeó con un bate de béisbol, no le cayó una pena de cárcel porque a ella no se la consideraba vulnerable.

Veo tu aliento como una neblina, Iris.

Se cierne en medio de la penumbra.

De él surgen millones y billones de mujeres navegando en cedazos, o quizá calderos, ¡por las bahías de todos los países del mundo!

Dicen que las brujas producen infertilidad.

Que pueden condenar a una casa entera a no tener hijos.

Que pueden producir abortos naturales.

O que un hombre sea incapaz de procrear.

¿Que no se le levanta? Tiene que ser algo siniestro, cosa de brujas.

Dicen que el diablo consigue sus peores caprichos gracias a las brujas.

Que las brujas son más malvadas que ningún otro ser vivo.

Dicen que al final de la mañana ya me habrán colgado.

Dicen que asistirá mucha gente.

Dicen que tendré que caminar para llegar sola hasta el verdugo. No se permite que ningún familiar esté cerca de mí y, si alguno pudiera, quizá fuera el siguiente en ser señalado: siempre hay un peligro, eso dicen, eso dicen. Pero no caminaré hasta allí sola, Iris. Aunque tú seas el único cuervo del que he sido colega, sé que no me dejarás llegar allí sola. Viniste aquí a ayudarme a aceptar la verdad: hoy voy a morir.

–¿Voy a ir yo también?

–¿Cómo dices, Iris?

–¿Para eso me llamaste, Geillis?

–¿A qué te refieres?

–Cuando una bruja muere, sus parientes también la acompañan, ¿verdad?

–Así es, Iris, eso dicen.

9
Geillis Duncan

6 a. m.
Después de un sueño agitado (mediante sesión de espiritismo):
1 de agosto de 2021-4 de diciembre de 1591,
celda en High Street.
Elementos: tierra + fuego

Oigo al sacerdote antes de verlo. Un largo chirrido, el golpe seco de una puerta al cerrarse tras él. El eco de los pasos por el corredor de piedra. El garabato de la pluma con la que firma al entrar. Se estira todo lo largo que es, arreglándose la túnica. Respiración estentórea. Bajo, inhalaciones rápidas, un tanto sibilante: no tiene bien los pulmones. Yo le habría dado unas hierbas para eso y me lo habría agradecido. Bendice la entrada, pasa por delante del carcelero y después gira por el corredor para bajar a mi celda. Antes el carcelero había colocado más velas para que el sacerdote pudiera inspeccionarme mejor. Estoy en medio de la celda. Con las manos cruzadas cuidadosamente por delante. Volando hacia abajo, Iris utiliza el pico para peinarme. Lo alisa con las alas, se me acurruca ligeramente en el cuello: la única calidez que he sentido cerca en toda una eternidad. Cuando el sacerdote aprieta el paso hacia la puerta de la celda, Iris se esconde en la esquina, para que no pueda verla. Se ha colocado exactamente allí donde puede vigilar al hombre. Sé que le gustaría arrancarle los ojos. Tirarlos al cubo del verdugo. Que se llevaran eso en lugar de mi cabeza.

–¿Qué tienes que decir, Geillis Duncan?

–Quiero denunciar a los hombres que me obligaron a mentir con torturas, lo

que hicieron y que me obligaron a acusar a otras personas de ser brujas aunque no lo son. Yo tampoco lo soy, y tampoco lo eran Euphame, Agnes, Bessie, Fian, ni ninguna de ellas. Ninguna se reunió con el diablo ni conspiró contra nadie, ni mucho menos contra el rey.

–¿Denunciarlos?

–Sí.

–¿Ante quién?

–Ante vos.

–¿Por qué ante mí?

–Porque queréis mi última confesión. Es esta. Ante los ojos de Dios no os diré ni una sola mentira: me torturaron sin piedad hasta que dije todo lo que ellos quisieron.

–¿Estos buenos y respetados pilares de la comunidad, padres y esposos, mercaderes, sustento de los necesitados, estos cabales hombres cristianos? ¿Esto es lo que quieres ofrecer en tu confesión?

–Me obligaron a mentir.

–Así habla la marioneta de un demonio.

–Las mujeres a las que acusé no son brujas, ¡y yo tampoco! Inventaron mentiras y consiguieron que se las dijera para que dejaran de hacerme... lo que estaban haciendo.

Lo último lo digo entre dientes.

–¿Qué es lo que te hicieron, obligarte a contar la verdad, que te acostaste con el diablo?

–Por ellos llegué a temer por mi cordura, por mi cuerpo y por mi vida. Soy absolutamente inocente.

–¿Mentían entonces? ¿Es mentira que se diga que las brujas hacen daño a los pequeños?

Siento la agitación en las alas de Iris cuando se da la vuelta para ponerse de cara a la pared, cerrar los ojos y contenerse para clavar únicamente las garras en el suelo. A mi pesar, siento que me van a brotar lágrimas por su lealtad y su fe en mí. Pensaba que ya no era capaz de llorar.

–Sí.

–Los niños impíos son débiles ante las palabras de un demonio o de su sierva, la bruja.

–Yo no soy una bruja.

–¿No fuiste una niña impía, Geillis Duncan?

–No.

–¿Acaso no hay señales del diablo bajo ese andrajoso vestido? ¿No las tienes por todo el cuerpo?

–¡No!

El pánico me atenaza la garganta. Iris se ha subido a la ventana que hay detrás de mí, para poder lanzarse directamente a la cara del sacerdote si se atreve a entrar y pedirme que se las enseñe.

–¿Qué hace aquí un cuervo?

–No lo sé.

–¿Sabías que nunca se olvidan de una cara?

–No lo sabía.

–¿Me está mirando ese pájaro, Geillis Duncan?

Iris inclina la cabeza hacia un lado para que él sepa que lo está mirando; después, con un revoloteo, se coloca en el alféizar de la ventana, tratando de detener el golpeteo de su propio corazón, igual que yo intento contener el galope desbocado del mío.

El verdugo está detrás del sacerdote, con las llaves del carcelero, que se ha marchado.

Se oye el estruendo de las puertas al abrirse.

Cuando entran en mi celda me vuelvo más pequeña, justo cuando me miden el cuello, la altura. La cuerda será corta. Quizá tarde mucho en morir.

–¿Habrá un chasquido? Pregunta el viejo sacerdote al verdugo como si yo ni siquiera estuviera presente.

–No, es por estrangulación, mucho más lento.

–Perderá la conciencia.

–Sí, en algún momento sí...

Me revisan las botas como si las fuera a tener puestas cuando quemen mi cuerpo hoy mismo. Espero que cuando me prendan fuego surjan por doquier mariposas negras. Un hombre me hace levantar un pie para poder agarrarlo con más facilidad. Después el otro. Mide los dos como si pudiera tener pies de diferente talla, y toma nota de algo. ¿Qué más da? ¿Es que se creen que tengo algo escondido en las botas? ¡Un cuchillo! ¿Un diminuto palo de escoba que puedo agrandar con mi enorme poder mental? El verdugo parece descansado, bien alimentado y contento. Lo odio. Su tranquilidad resulta difícil de digerir.

No quiero morir así.

–Te sacarán en torno al mediodía, Geillis Duncan.

–Sí.

–Tendrás ocasión de decir una última palabra antes de que te coloquen el capuchón en la cabeza.

–¿Es eso necesario?

–Sí, no te pueden dar la oportunidad de maldecir a cualquiera cuando mueras, Geillis; que no se te ocurra hacer ninguna jugarreta.

Me quedo ahí plantada con las muñecas extremadamente frágiles, los labios agrietados, el cuerpo frío, el mareo, la falta de sueño, la debilidad y todas las

mentiras que han concebido para sentirse héroes, y sobre mis víctimas.

¡Una bruja! Una mujer inmoral, una seductora de demonios. ¿Es que se creen realmente una palabra de todo eso?

El verdugo susurra una última palabra al sacerdote y se marcha. Me quedo con la sensación de sus manos frías en el cuello. Serán el último contacto humano que sienta cuando me rodee con la soga. En trance, los dedos del sacerdote recorren la Biblia, como si estuviera leyendo las Escrituras con las puntas, y besa la cruz.

–Dame tu última y verdadera confesión, Geillis Duncan.

–Ayudé en partos. Traje sanos y salvos a esos niños al mundo, no les causé ningún daño.

–Mentirosa, todas las brujas hacen daño a los niños.

–Yo no soy una bruja.

–Eres una bruja y yo no te confiaría a ningún niño, sobre todo si no está bautizado. Se sabe que las que son como tú se los comen. Si se ve a alguno caminando junto al río con sus padres, a ti te basta tu poder mental para arrojarlo al agua y que se ahogue a la vista de todos, ¿no es cierto? No te hagas la inocente conmigo. Eres algo más que una jovencita, Geillis, eres una sierva del diablo. Yo sé exactamente lo que hacéis las brujas. Dame tu verdadera confesión para que tu alma mortal pueda alcanzar cierta gracia.

–No soy una bruja.

–Eres una bruja peligrosa, Geillis Duncan, y no eres la primera a la que me enfrento. Sé que te bastaría pestañear para volver loco a un caballo; que podrías viajar por el aire hasta el juez que te juzgó de no ser porque nuestro Señor Jesucristo lo protege; que puedes adelantar el futuro para saber lo que se avecina. Que caes como un relámpago. Que te basta un pensamiento pasajero para causar muertes, desfiguración o heridas. Cualquier hijo que tuvieras se lo entregarías a los diablos. Digas lo que digas, tú harías todas esas cosas, Geillis Duncan, y una vez hechas, nadie puede deshacerlas, ni siquiera un hombre de fe. Estoy intentando salvar tu alma inmortal antes de que te encuentres con el creador. Dime la verdad.

–Ya os la he dicho.

–Copulas con demonios.

–Ningún hombre me ha tocado, salvo mis torturadores.

–Esta mañana la justicia caerá sobre ti, Geillis. No te engañes: ningún ángel vendrá a buscarte. A las estrellas solo las puede mover el espíritu y tú, que estás llamada a pagar por tus actos, no irás al cielo. De aquí solo podrías salir volando en una escoba que hubieras untado con un ungüento hecho de miembros de niños no bautizados a los que hubieras matado: ¿es que te crees que no me conozco todos los secretos de las brujas? Aparte de eso, lo único que podría salvarte sería el poder del diablo, pero te ha abandonado, Geillis: te ha

abandonado a tu suerte, y no volverá. Se aprovechó de ti y ya no le sirves de nada. En esta tierra te has quedado y a él no le importa si te queman, te ahorcan o te clavan una estaca. Dime, cuando yació contigo, ¿se sirvió del semen de un varón humano?

–No he yacido con el diablo.

–¡Mentirosa! Desde siempre los íncubos y los súcubos se han visto incontrolable y mutuamente atraídos. A las brujas de tiempos pretéritos se las tenía que obligar a esas cópulas, pero parece que tu generación las acepta de buen grado. Tú, Geillis Duncan, debes de haber participado en la más nauseabunda de las servidumbres, seguramente desde los doce años, ¡y para hacerlo abandonaste por completo la fe!

–Señor, ahora tengo quince años, ¡y os juro que no haría nada de lo que decís! Quiero retirar las acusaciones que lancé contra otras mujeres... ya no puedo hacer más para contaros toda la verdad: mentí. Quiero que oigáis la verdad antes de que se me juzgue ante Dios.

Iris se ha situado en el suelo que nos separa. Lleva algo brillante y plateado en el pico, como una moneda. Lo coloca junto a mi pie e inmediatamente lo piso. Me ha traído mi lunita. La podré toquetear en el bolsillo cuando me saquen a la calle fría y sienta sobre mí los ojos de todos los espectadores. Iris se encarama en el extremo derecho de la celda, de manera que está por encima de él, pero él ya no la ve.

No le saques los ojos, Iris.

¡No lo hagas!

–Te lo voy a preguntar por última vez, Geillis Duncan: ¿qué tienes que decir?

–Tengo frío, estoy cansada, tengo miedo. Nada de esto tiene que ver con que haya yacido con ningún diablo. Ningún ángel caído lo certificaría. Solo hay hambre, dolor y la triste conciencia de que no terminaré la vida con un marido, con nietos, ni siquiera con mis propios hijos. No habrá ningún hogar con una chimenea que pueda decorar con cestas de sauce y flores, ningún umbral que limpiar, ninguna comida que preparar, ninguna prenda que remendar. Solo habrá una prematura y larga caída en la nada. La nada que todos intentamos evitar. Nunca pensé que llegara tan pronto. ¡Echo de menos a mi familia!

Ahora sí que afloran las lágrimas, pero él no las ve.

Levanta la Biblia.

Saca una ampolla de vidrio.

La abre.

Con un movimiento rítmico, a través de las barras arroja agua bendita para que me caiga en la piel.

Me pregunto cuánto le pagan por hacer esto.

No me escucha.

Los latidos de mi corazón ya no se ralentizarán hasta que me muera. Ahí fuera otro carcelero ha tomado el relevo. Todos parecen emocionados. El sacerdote tiene babilla alrededor de la boca. Se le ven los dientes oscuros. La babilla se deshilacha por el aire. La sotana blanca le cuelga en las muñecas flacuchas cuando junta las manos huesudas para rezar.

¿A cuántas brujas traerán a esta celda?

¿Y quiénes serán?

Solo unas niñas, o muchachas, viejas o feas, marginadas, pobres, raras, de voz peculiar, cojas, impuras, demasiado altas o demasiado hermosas: ¿quiénes somos las que recorremos este corredor, las que nos quedamos en esta celda, las que escuchamos las historias, las que acabamos diciendo cualquier cosa que nos piden? Los delirios ajenos nos conducirán al último suspiro. ¿Cuándo podremos, no como brujas, sino como simples mujeres, maldecir a nuestros acusadores? ¿Quién más saldrá caminando de aquí para encontrarse con la muerte como yo? Dentro de poco seguiré al sacerdote y él se acostará esta noche, contento, como lo estarán otros, de haber acabado conmigo. Mientras reza y lanza su sermón, un mosaico de pieles humanas cubre el techo curvo de piedra de mi celda. Respira. Es la piel de todas las mujeres que acabarán aquí. Es muy colorista. Vellos minúsculos o morenos, lunares o manchas rojas. Iris me mira. Observamos en silencio. Es toda la piel que han arrancado a cuerpos de mujeres, de diferentes grados de tosquedad y tono, y respira. Nos han quitado la piel. A todas. Y mientras algunas parece que somos conscientes de ello, otras se aprovechan de fingir que no lo saben. Dicen que las brujas no existen. Yo digo que no existe mujer alguna que tenga poder únicamente al servicio de un hombre –diablo o ser humano– o de Dios. Digo que soy una bruja, pero en realidad no lo creo. Solo somos mujeres con poder, habilidades y un conocimiento innato. Eso nos hace temibles. ¿Quiénes somos? Somos muchas. Luego están las historias que cuenta el rey, y los carceleros, y también las mujeres alentadas a difundir todos esos cuentos, sin cesar, en sus cotilleos. Sobre quienes atraen maldiciones sobre su vecino o un desconocido en la calle, quienes provocan la muerte de un bebé en el útero de su cuñada. El rey habla de mujeres que pueden convertirse en animales o bestias y que conocen el futuro, que tienen seis formas distintas de causar daño a la humanidad; el rey habla de una poderosa bruja que causaba abortos a voluntad, y de que a una princesa se le advirtió que no hablara con ella, que no abandonara el castillo, pero ella lo hizo, se reunió con la bruja y cuando su hijo nació descubrió que no estaba entero sino en trozos: por un lado una mano, la cabeza, un pie, un brazo, un codo, el cuello, la espina dorsal, y todo eso ocurrió porque su marido había desatado la furia de Dios por no matar a suficientes brujas.

Yo ya no sé qué creer, salvo que no provoqué la muerte de ningún ser vivo, no

arrebaté la voluntad a ningún hombre, no yací con ningún diablo, pero sí he estado en reuniones en las que algunas lo han intentado; he ayudado a sanar a mujeres, y en mí los elementos tienen tanta vida como la tienen a nuestro alrededor. Sin embargo, no he hecho lo que ellos dicen que hice, y esas otras mujeres tampoco; y es el rey quien ha contado gran parte de esas historias, además de las iglesias y los hombres en las esquinas, y las mujeres que se han propuesto servirles también han contado esas historias y se han propuesto encontrar a gente que pudiera servirles para demostrar sus mentiras. ¿A quién voy a convocar yo esta mañana? Por una razón que no entiendo, a menos que haya venido a conducirme al otro lado, tengo una pariente. Necesitaba que alguien me creyera.

El sacerdote toma de nuevo el cuerpo de Cristo y me lo ofrece.

–Geillis Duncan, sé que conoces el caso de la mujer que se convirtió en caballo porque no había puesto suficiente fervor al realizar actos piadosos, no se había confesado, no había tomado la eucaristía y solo cuando lo hizo pudo el pastor, que aún podía verla en su forma humana aunque los demás no pudieran, devolverle su condición anterior de muchacha. ¿Conoces el caso de la mujer que ha hablado de brujas que coleccionan miembros de hombres? ¡A veces reúnen hasta treinta o cuarenta! Una bruja extiende todos esos penes en el nido de un ave o los deposita en una caja de madera. Se mueven como si estuvieran vivos y comen avena o manzanas secas. Un hombre que había perdido el miembro acudió a una bruja para pedirle que se lo devolviera. Ella le dijo que se subiera a un roble, que abriera una caja que ella había colocado allí y eligiera un pene, pero él eligió el más grande que pudo encontrar, y ella le había advertido que mejor no lo hiciera, porque ese pertenecía al cura del pueblo.

–Yo no conozco a ninguna mujer así.

El sacerdote continúa: está febril, no me oye. Está perdido. En medio de su salmodia, solo le preocupa salvar su propia alma. Se va alejando de la celda y camina por el corredor, sin dejar de hablar solo y ensimismado en su propio viaje. Esos son los cuentos que se han inventado y utilizado para colgar a mujeres como yo. Este es el mundo de los hombres, en el que están obsesionados con brujas que solo quieren robarles la polla y colgarla en árboles para que los pájaros se la coman. Creedme, si pudiera, lo haría encantada.

–¿Geillis?

–¿Sí?

–¿Cuándo volveré a ser humana?

–No lo sé. Acudiste a mí en forma de espíritu y de voz, y ahora eres un cuervo. Te sienta bien.

–La vida es tan dura.

¿Dónde se ha visto a un cuervo suspirar?

Yo sí, es gracioso.

Iris acude a posarse sobre mi hombro cuando me tumbo en el suelo, que está frío, y siento mi cuerpo por última vez, sin verlo: reviso los protuberantes huesos de las caderas, el estómago cóncavo. Muevo los pies como cuando nadaba en el mar. Giro el cuello para que Iris pueda acurrucarse bajo mi mejilla y apoyo la cara en sus suaves plumas.

–¿Geillis?

–Sí.

–Te quiero.

–Yo también, Iris.

En medio de la penumbra, extiende las alas sobre mis ojos para ofrecerme unas horas de tranquilidad. Además, me he echado todo el pelo sobre la cara, así que parece que no tengo nariz, ni boca, ni ojos; parece que mi rostro es la nuca y que la verdadera nuca es otra nuca.

10
Geillis Duncan

11.33 a. m.
En los últimos minutos:
1 de agosto de 2021-4 de diciembre de 1591,
celda en High Street.
Elementos: escarcha + luz

¿Quién me matará? No debería importar. No debería. Iris se ha marchado. Ya volverá. Le mandé que se fuera a Castlehill para que me dijera si habían levantado dos horcas. Me colgarán del cuello hasta que muera delante de todos, y también colgarán a Bessie Thompson. David Seaton es un hombre repugnante. Un hombre que no me mostró ninguna amabilidad, que envidiaba mi capacidad para sentir. Al que le molestaba que yo supiera cómo poner una sanguijuela y extraer veneno de los enfermos. Veía la gratitud que me mostraban y eso se le hacía de hiel. Me observaba elegir las hierbas adecuadas para ayudar a paliar el dolor de tripa de un niño. Cosas sencillas, carentes de magia. Yo aguantaba sus formas de humillarme. Una y otra vez, todos los días, me sometía a pequeñas y grandes humillaciones, trataba de quitarle brillo a mi piel y de debilitarme el corazón (donde reside el alma), para que yo apreciara mejor hasta qué punto no era nadie. Y yo creía que eso era todo. Pero sus rencores no se acababan ahí. No podía ocultarlos, aunque con la mayoría de la gente sí lo ha conseguido, y a mí me utilizó para llegar hasta ella. Hasta Euphame MacCalzean. Ese era su objetivo. A quien perseguía. Esta es mi verdadera confesión. Seaton no podía ir tras ella directamente, porque es noble y tiene dinero, y no podía arriesgarse a que lo

acusaran de intentar hacerle daño. En realidad, de matarla. Su motivación –intentar echarle mano a su herencia– no podía parecer relacionada con su muerte. Entonces, ¿qué otra forma había de condenar a muerte a una mujer? Acusarla de brujería, eso es. ¿Qué mejor momento que precisamente cuando el rey Jacobo, el mejor servidor de Dios que hay entre los reyes, regresaba a Escocia en busca de brujas? Me llamo Geillis Duncan y en pocos minutos moriré en la horca porque el señor Seaton, mi señor, me sometió a tal grado de violencia que llegué a acusar a la única persona que él quería realmente ver juzgada: Euphame, una mujer tan poderosa y rica que hasta su marido, Patrick, había adoptado su apellido. ¡Habrase visto! Euphame ya era una rica heredera cuando su suegra les legó a Patrick y a ella todavía más dinero. Katherine, la hermana de Patrick, no recibió casi nada. Y Katherine estaba casada con David Seaton. Entonces, ¿quién odiaba a Euphame? ¿Quién quería su dinero? ¿Quién pensaba que su esposa debería haberlo heredado? ¿A quién quería él que yo acusara? ¿Quién fue la primera persona a la que señalé? David Seaton puso en marcha los juicios contra brujas de North Berwick para hacerse con el dinero de Euphame. ¡Todo el mundo lo sabe! Hasta el rey. El juez, el jurado, los carceleros, el sacerdote; seguro que todos ellos también lo saben, pero nadie más que yo se atreverá a abrir la boca.

Hablaré y ya nada me detendrá.

Está decidido.

No me pueden ahorcar dos veces.

Todavía no estoy muerta en cuerpo y alma.

Me han forzado más allá de todo límite.

Antes de comparecer ante Dios diré la verdad para que al llegar al otro mundo no me juzguen por mentirosa.

Me siento muy culpable.

David Seaton me obligó a acusar a Euphame MacCalzean de servirse de la magia para matar al suegro de ambos y que ella pudiera heredar su dinero. Tuve que declarar que Euphame convocó el aquelarre en el que yo toqué el birimbao. Había muchas cosas de Euphame que no les gustaban, pero lo peor era que tuviera dinero y poder, y que no temiera a su marido. Para más inri, a
su muerte, quienes heredarían su fortuna serían sus tres hijas. Euphame ya había ido a los tribunales para proteger sus tierras de sus propios parientes. Su único heredero varón había muerto. Los buitres se cernían sobre su patrimonio y ponían a prueba su poder. Yo no la conocía, pero a veces la veía caminar con paso resuelto por North Berwick. El último día que la vi, sus faldas dejaban un rastro de enormes polillas negras, a su paso se veían nubes de polvo, y en esa neblina había cientos de mujeres que serían ahorcadas o quemadas vivas: miles, según se dice que acabará produciendo todo esto, y yo solo soy un peón en un juego repugnante y cruel, y lo pagaré con mi vida igual que Euphame. El día de su

ejecución lloré y lloré sin parar en mi celda. No llegué a conocerla, pero ese día murió por mi culpa.

Antes de desaparecer me confesaré, porque, aunque ya no tengo nada que ver con el mundo de los hombres, tengo la imperiosa necesidad de alcanzar el perdón de Dios. La ventana se oscurece cuando Iris se cuela dentro.

–Se te ve un poco más regordeta y lustrosa, mi queridísima Iris, ¿qué has estado comiendo?

–Me he comido una rata. La encontré pudriéndose en un callejón. Qué rica.

–Vaya. Cuéntame, ¿qué ocurre ahí fuera, cuervito mío?

–El verdugo ya está preparado en Castlehill.

–¿Y qué hace?

–Cotorrear y contar chistes con los que han levantado la horca.

–¿Hay mucha gente?

–¡Sí! ¿No la oyes?

Escuchamos en silencio durante un minuto y comprobamos que se oye un zumbido y a una multitud por encima de nosotras.

–¿Has visto a Bessie?

–Sí.

–¿Te vio ella a ti?

–Sí, aunque cree que soy un sueño enviado directamente por ti. Le conté lo que vas a hacer, que has dicho la verdad y que volverás a decirla aunque no te crean.

–¿Hará ella lo mismo?

–Sí, se lo está gritando a todo aquel que se le acerca: ha dicho que os torturaron a las dos para que acusarais a Euphame y Agnes, y a todas las demás.

–¿Sabes qué es lo que no dejo de ver cuando cierro los ojos, Iris?

–¿El qué?

–A Euphame.

–¿Y qué hace?

–La están quemando viva.

–No me lo puedo ni imaginar.

–La quemaron con la madera que iban a utilizar para quemar a Barbara Napier. Antes de Euphame, mataron a Agnes Sampson. También la acusé yo, dije que era una bruja vieja, y la torturaron hasta que confesó, después acabaron dándole garrote y la quemaron en la hoguera.

–Qué horror.

–Fue el veintiocho de enero de este año y desde entonces lo he recordado todos los días. Dicen que ahora Agnes ronda el palacio de Holyrood, y espero que así sea. Espero que nadie duerma bien en esas grandes y lujosas camas, por temor a que una bruja venga a llevárselos en su escoba mientras sueñan. Espero que por

la mañana, al mediodía y de noche, los hombres comprueben si aún tienen la polla en su sitio.

–¿Geillis?

–¿Sí?

–Ya es casi la hora. ¿Puedo hacer algo por ti?

–¿Aparte de convertirte en cuervo para acompañarme al otro lado?

–Eso es.

–Cuéntame qué pasa fuera.

–Se oyen ruedas en High Street.

–¿Las de los hombres que van a colocar sus puestos?

–Sí.

–¿Y qué más, Iris?

–Veo fuera a tu antiguo carcelero: se ha lustrado los zapatos e intenta impresionar a una mujer. Todavía hay muchos pasos que se dirigen a Castlehill; en realidad todos, me parece a mí.

–¿Vienen a verme morir?

–Así es.

Alguien corre el cerrojo de la puerta sigilosamente.

Me estremezco.

En esta ocasión el verdugo se encorva al entrar: se ha puesto botas de tacón.

–¡Levántate para que se te conduzca a tu ejecución, Geillis Duncan!

Su voz retumba.

Intento no percibir que Iris me observa levantarme precipitadamente y con una expresión más triste de la que nadie se imaginaría en un cuervo. Otros nuevos carceleros sujetan la puerta de la celda. Me atan bien los brazos, y sin contemplaciones, por detrás. Salgo. Por el corredor se ve también un mosaico de pieles humanas, que respira. Me gustaría poder decir que tengo la capacidad de llevar la cabeza alta y sin miedo, pero cuando me sacan a la luz –una luz de lo más luminosa– las lágrimas me recorren el rostro.

Tengo unas convulsiones horribles.

Los hombres me levantan los brazos para sujetarme y casi arrastrarme. Apenas puedo caminar. El ruido y la luz me agreden. Llevo meses a oscuras. Los carceleros me obligan a caminar por delante de ellos y la gente se aparta para dejarme pasar. Cae sobre mí una cacofonía de voces y ojos; la gente, también los niños, se santigua a mi paso. Nadie quiere mirarme a los ojos. Por si los maldigo o descubren la verdad en mí. Atisbo a mi prima. Agachada, lleva una capa con capucha, para ocultar que llora. Es la capa de mi abuela. Fuerzo la vista para distinguir entre la multitud. Allí están todos. ¡Mi familia! Escondidos por doquier: mis tías, mis primas, mis tíos, también mi madre, aunque prácticamente no fuera ella quien me crió. Han venido a colocarse delante de la horca. Hoy no

moriré sola. Yo no quería que vieran esto, pero ahora que estamos aquí me alegro de que quienes me conocen hayan venido a asistir en silencio a lo que va a ocurrir. Cuando veo la horca me derrumbo. Por las piernas me chorrea un líquido caliente. Por las azoteas, Iris planea hasta posarse en un aguja situada por detrás de la horca: después aparece otro cuervo, y otro, como si muchas, muchísimas brujas estuvieran hoy volando hasta aquí, para ayudar a mi alma a cruzar al otro lado.

11
Iris

Mediodía.
Alzando el vuelo (la sesión de espiritismo ha acabado):
1 de agosto de 2021-4 de diciembre de 1591,
horca en High Street.
Elemento: oscuridad

Nunca había visto cómo se prepara para morir una adolescente, alguien a la que se ha matado de hambre, torturado y violentado, alguien que sabe que la matarán delante de una multitud ansiosa. Y no creo que pudiera volver a pasar por esto. A Geillis no le van a permitir que muera en paz, como ella querría, en sus últimos años, con gente que le coja la mano. Esto es ruidoso. Teatral. Geillis parece absolutamente minúscula cuando sube los escalones del tablado que hay junto a la horca. Para meterle la cabeza en el dogal, tienen que levantarla por las axilas, tal como hacía su padre para que, de niña, pudiera coger manzanas de los árboles. Hoy aquí los espectadores se cuentan por más de centenares, más bien por miles. Ríos de personas serpentean por las callejuelas, las calles y por detrás de nosotros; todas las ventanas están abiertas y la gente se asoma hablando a gritos, y algunos beben, comen o se ríen.

A esta gente el hecho de que mi amiga Geillis Duncan pierda la vida de forma tan brutal le sirve de entretenimiento. Antes de hacer esto yo ya tenía cierta conciencia, que recibí como terror en estado puro. Sabía que al acudir a Geillis no podría ser pasiva. Demasiadas son las personas que pasan la vida de esa manera. Guardar silencio es ser cómplice. No actuar es una forma de aprobación.

No seré pasiva.

El verdugo comprueba que el dogal se ajusta al cuello de Geillis. Le retira la soga. A ella se le vencen las piernas. Sin hacer caso, el hombre comprueba la resistencia del nudo. Seguro que la soga le rasgará la piel. Geillis Duncan está pálida, delgada, huesuda por la falta de alimento. No sé cuándo fue la última vez que sintió el sol en la piel. La última vez que levantó el rostro para recibir el beso del sol de media tarde. Qué día tan apagado. La neblina se ha extendido por la ciudad. Ninguna luz volverá a tocar a Geillis. Me invade la cólera, aquí encaramada en un tejado desde el que se les ve a todos voceando, pidiendo su cabeza. Ya no me puedo controlar, lanzo una maldición sobre todos los asistentes que se regocijan con este espectáculo: que algún día llegue una plaga que los suma a todos en la desolación, que persiga a sus hijos, y a los hijos de sus hijos. Si tu abuela disfrutó con esto, que tú pagues por sus pecados.

¡Malditos!

Esto me costará el alma, pero ya no me importa.

Para dar testimonio hay que arriesgar la vida.

Si no, ¿de qué les vale a los que tienen que morir?

Todos venimos de la oscuridad.

Hasta el último que ha pisado esta tierra.

Ahí es donde estábamos. ¡Antes de todo! Es lo primero que conocimos. Antes de que existiera el tiempo estábamos en el espacio. Nos contenía, informes, incoloros, sin huesos ni conciencia. Era cuando éramos más verdaderos.

A lo que se inicia debemos regresar.

Todo los seres viven en un círculo perpetuo.

De desarrollo y descomposición.

De luz y oscuridad.

Un comienzo solo finaliza al terminar.

Todos sabemos, desde la primerísima luz, que el final volverá a por nosotros.

Lo vemos a lo lejos.

Lo atisbamos.

Es una sensación cuando nos sentamos en la terraza de un café, en una calle bulliciosa, después de un día tórrido, y observamos a la gente, con los pies cansados y la felicidad atravesada por algo que no nos deja en paz. La muerte es el punto de llegada de todo. Al marcharnos completamos nuestra llegada. Tú lo supiste mucho antes que yo, mi queridísima amiga, mi valiente, afable, desafiante, cuidadosa y divertida Geillis Duncan. Mientras yo me iba a dormir en una casa con luz eléctrica, tú estabas sentada, bien recta, en la oscuridad.

El cuervo también puede ser un ladrón de almas. Yo no quiero que Geillis muera así. No quiero que esté en su propio cuerpo cuando ocurra. No había comprendido que yo estaba aquí para esto. En medio de la multitud hay mujeres.

Calladas. Retraídas. Que no quieren que se fijen en ellas. Están aquí para enviar a Geillis parte de su luz. Cómo brilla el amor que le profesan. ¡En la oscuridad! Su amor tiene tal fulgor que, aunque alguien le haya quitado el brillo a su piel o les enseñara a bajar la vista, todavía sigue brillando.

Aquí se ve a madres descaradas con sus hijos. Quieren mostrarles lo que ocurre si llegas a perder la fe. El nerviosismo enrojece los rostros de esos niños. Cunde la sensación de que esto es una actuación, un espectáculo, como cuando el rey se llevó a un lado a una bruja para poder hablar con ella un rato; en ese momento se colocó a sí mismo y a Agnes en un escenario para que los plebeyos pudieran hacerse una idea, para que pudieran comprender esta historia, a estos personajes, que este es el bueno y aquel el malo; que este sirve a Dios y el otro al diablo, y el resultado es el siguiente: esta mujer es una bruja.

Aquí hoy no solo estamos los cuervos.

Dicen que una bandada de grajos es algo desagradable. ¿Los veis posarse?

Ahí arriba, sobre el tejado de la casa de vecinos.

Metidos debajo de los voladizos o acurrucados tras el remate de las chimeneas.

Una niña mira hacia arriba y tira de su madre, pero le piden que se calle. Dicen que los grajos se emparejan de por vida. Que recuerdan a quienes les han hecho mal. Que también recuerdan a quienes han atacado a otros grajos. Resulta doloroso no poder posarse en el hombro de Geillis ahora que se sube al taburete. Está demasiado bajo. Ella no es nada alta. Un aluvión de dedos apunta. Alguien corre. Vuelve con una pequeña escalerita de madera. La colocan por debajo de la soga. Geillis lleva en la mano una diminuta plumita mía. Una luna brillante en el bolsillo. Los pies magullados, los miembros pálidos: parece una niña perdida, desnutrida y desatendida. Por la fuerza de la costumbre, aprieta los dedos retorcidos en el puño para ocultar sus puntas destrozadas.

El verdugo se alza orgulloso.

Es de espaldas anchas.

El dogal está listo.

Primero ahorcarán a Geillis. Después irá Bessie. Alzo el vuelo para posarme delante de ella, y en su rostro solo puedo ver una tristeza y una dignidad increíbles. Hasta ahora no había comprendido lo importantísima que es Geillis Duncan para mí.

Me equivocaba al pensar que era cualquier cosa menos un pariente suyo.

Ahora, el mundo del que le hablé es solo un sueño.

Sube el primer escalón de madera con las manos atadas y grita a la multitud.

–Me llamo Geillis Duncan. No soy una bruja y tampoco lo eran ni Euphame MacCalzean ni Agnes Sampson. David Seaton nos obligó a todas a mentir, a mí me torturaron hasta que declaré lo que él quiso que dijera, ¡no eran brujas y yo tampoco!

Nadie escucha.

El verdugo la empuja escalera arriba y Geillis comienza a subir los peldaños.

La multitud empieza a bramar con más fuerza.

Todavía siento tu cuerpo huesudo bajo mis hombros emplumados.

¿Qué será de ti y de mí?

En inglés se dicen muchas cosas de las aves. A una bandada de zanates se le llama plaga. Nosotros los cuervos somos una horda, algo que se cierne, una turba y una banda, un relato, un parlamento. ¿Qué es lo que discutimos al reunirnos en lo alto de los árboles por encima de vosotros los seres humanos? Cuando las urracas se concentran se dice que forman una tribu o una marea. Muchas águilas ratoneras son como un velatorio. Los mosquiteros comunes causan confusión. Las chovas cotorrean. Muchos cucos asemejan un manicomio. Las agujas colipintas, un oficio religioso. Hay elencos de esmerejones. Murmullos de estorninos. Historiados edredones de pluma de eider. Los búhos son sabios. Los gorriones disputan. Los arrendajos riñen. Los jilgueros son encantadores. Los chochines repican. Las fochas comunes alborotan. Los grajos conspiran. Contemplo cómo aves de todo el país acuden a posarse sobre los tejados, los dinteles, las chimeneas y las ventanas.

Brujas.

Geillis sube los últimos escalones de madera que llegará a tocar con sus pies desnudos y sus dedos, esos dedos diminutos que su madre besaba, se agarran como si pudieran salvarla. Hace tiempo que no lleva las botas. La primera vez que esas manitas tocaron una canción fue para su abuela, a cuyo corazón únicamente le reportaron un júbilo puro y absoluto. Al principio tocaba una flautita de metal, después una con más orificios: decían que, desde muy pequeña, llevaba la música en la sangre. Cuando alguien marcaba el ritmo golpeándose la rodilla, Geillis se agachaba y estiraba como si hubiera nacido realmente para bailar al son de la música. Recorría con las manos las hierbas del jardín o las flores del prado, las silvestres, que eran las que más le gustaban; las escogía, las secaba y las estudiaba. Una mañana de cumpleaños se levantó muy nerviosa y recibió como regalo una tarta. Después llegó el año en el que apareció su verdadera vocación: un birimbao.

Los ojos te brillan incluso en este último segundo, ¿verdad, Geillis Duncan? Incluso desde aquí se aprecia. Ahora tienen cierto fulgor. Mi cola tiene forma de rombo negro. Llegas al último peldaño y el verdugo te coloca el dogal en torno al cuello, te cubre la cabeza con una capucha y, en cuanto te veo sumida en las tinieblas, levanto el vuelo y me lanzo hacia ti. El aire es gélido. De la nada surge nieve, después granizo, que comienza a acribillar a la multitud incómoda, que grita. Me deslizo tan cerca de sus cabezas que sienten mis plumas, como si un fantasma del futuro les hubiera pasado por encima.

–Ante la corte del rey y de Dios mismo, Geillis Duncan morirá en la horca.

Aullidos de la multitud.

Los niños dan saltos.

Un hombre se balancea, borracho, y lanza miradas lascivas a las mujeres del gentío.

Muchas llevan cruces en la mano, o las besan, musitando plegarias entre dientes.

Geillis se frota una pierna con un pie.

–¡Yo no lo hice!

Al principio su voz suena como si solo sonara dentro de su cabeza.

El verdugo levanta la mano, pero los escribanos niegan ligeramente con la cabeza.

–No hice daño a nadie. ¡Me torturaron hasta que les dije... sus... mentiras!

Expresión severa en el rostro del escribano.

Ya lo saben.

Geillis no es quien ellos dicen que es, y todos lo saben –los escribanos, el verdugo, las mujeres, los niños–, pero quieren creer que quienes tienen la responsabilidad saben lo que hacen, y si ese dogal no le estuviera apretando el cuello, yo creo que, en lugar de oír la verdad, preferirían morder a Geillis, matarla a patadas y golpes.

Cuando el verdugo retira la escalerita de madera, Geillis cae, se balancea hacia la multitud, se aleja de ella, mientras el dogal le aprieta como un puño la garganta. Se reducen los niveles de oxígeno. El dogal le presiona las arterias. La sangre deja de llegar al cerebro; le presiona la tráquea y su pulso se debilita mientras el cerebro comienza a hincharse, y las piernas se agitan, y ya no puede ver nada, pero sí oír los gritos de la multitud, y aunque en menos de un minuto perderá la conciencia, en realidad tardará más de veinte en morir, así que antes de que sus tías, sus primas y su madre se aparten de este gentío, con los labios apretados en una fina línea, antes de que lleguen a casa y caigan de rodillas para llorar sin parar, antes de que otras decenas de miles, de millones de mujeres sean juzgadas por brujería, antes de que el rey termine su vida entre babas e incoherencias, con la lengua demasiado grande para la boca, antes de que su esposa lo abandone y lance al mar un vestido de boda confeccionado por trescientos sastres, antes de que la luna ilumine el hielo de todas estas calles mañana por la mañana, antes de que el verdugo diga sus últimas palabras y el cuerpo de Geillis Duncan se balancee sin vida y los brazos caigan desfallecidos, antes de que dejen su cuerpo colgado, a la vista de todos, durante todo el día, antes de todo eso, yo comprendo que nunca regresaré a mi mundo. Con una bruja no te fundes espiritualmente a menos que estés dispuesta a morir. Antes de que el éter venga a llevarse a mi amiga Geillis Duncan vuelo por delante del

verdugo y susurro la palabra *maldición*. Maldigo a todos los hombres, mujeres y niños que disfrutan con la muerte de Geillis, y mi propia maldición es no poder regresar nunca al sueño de futuro que en su día tuve.

Hoy no voy a salir viva de aquí.

Es hora de soltar amarras.

Desde siempre estuvo claro que así tendría que morir.

Dentro de mucho, mucho tiempo, hallarán a una joven en un piso de Castlehill, frente al lugar donde antaño se colocaba el patíbulo, y no se podrá encontrar justificación alguna para que lleve tanto tiempo allí tendida, sola y en descomposición, pero el pasillo de su casa estará lleno de plumas de cuervo y, lo que es más importante, aquí y ahora: mi queridísima Geillis no sentirá ese último instante de pérdida de la conciencia, ni el balanceo definitivo de su cuerpo cuando, librándose del dogal, planee hacia mí para caer en este corazón y esta forma alados. Volamos por delante de la cara del verdugo y por encima de los tejados, mientras a lo lejos, allá abajo, su cuerpo humano se va balanceando cada vez con más lentitud. Nos elevamos, juntas. Ascendemos cada vez más, nos alejamos de Castlehill y del suave balanceo de su cadáver. También del mío. Nunca había sentido estas alas batir con tanta fuerza.

Una rosa gris para Geillis Duncan

Es una tormenta, una aguja
y un buque,

velas harapientas,
mar picada

inclinando el timón
al surcar

un estrecho más angosto
que un ojo de acero,

la espuma del mar del Norte
más fría que el hielo,

una celda y una pluma,
un cuervo humano.

Geillis Duncan
lanzó una llamada al éter

en busca de un pariente;
es espiritismo

en el siglo XVI:
no me habría marchado

de no estar dispuesta
a morir allí.

Hombres hechos y derechos,
por Dios refrendados,

pagados con oro
e infamia

para torturar
a una muchacha,

para condenarla a muerte.
Decidme: ¿por qué pecados

va a morir realmente?
Una corta caída,

la muerte es lenta,
quizá cuarenta y cinco minutos

antes de que sus pies paren.
Tengo una rosa gris,

que, como un tornado,
dejaré en Castlehill.

Agradecimientos

Este es un homenaje a la historia de Geillis Duncan, una pequeña ofrenda.

Gracias a Jamie Crawford, Edward Crossan y a toda la gente de Polygon.

Notas

1 En la época en la que transcurre la acción, finales del siglo XVI en Escocia, se creía que las brujas tenían marcas en las que no sentían los pinchazos, de ahí que quienes querían «comprobar» quién era bruja se dedicaran a pincharlas con agujas, alfileres y otros objetos punzantes. *(N. del T.)*

2 En inglés, iris significa lirio. *(N. del T.)*

Créditos

ALBA | CONTEMPORÁNEA
Colección dirigida por María Tena

TÍTULO ORIGINAL: *Hex*

© Jenni Fagan, 2022

© DE LA TRADUCCIÓN: Jesús Cuéllar

La traducción de este libro ha sido posible gracias
a la subvención recibida por Publishing Scotland

Publishing Scotland
Foilseachadh Alba

© DE ESTA EDICIÓN: alba editorial, s. l. u.
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www.albaeditorial.es

DISEÑO: Pepe & James

CONVERSIÓN A FORMATO DIGITAL: La Letra, S.L.

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2023
ISBN DIGITAL: 978-84-9065-948-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo xx), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña&Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es